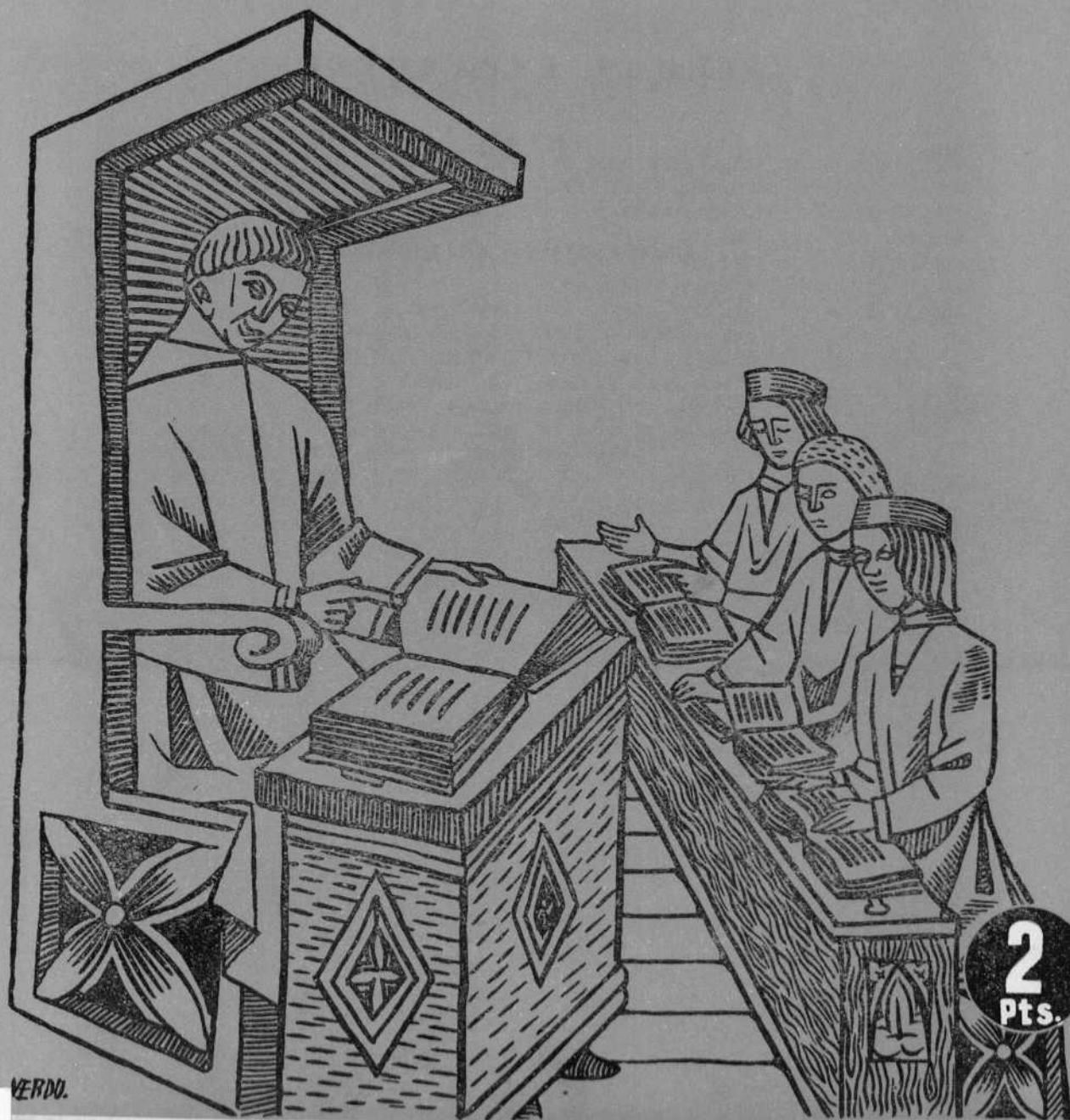


TEMAS ESPAÑÓLES

101
J



2
Pts.

JT - F 2367

UNIVERSIDADES GLORIOSAS

TEMAS ESPAÑOLÉS

N.º 101

UNIVERSIDADES GLORIOSAS

por

JORGE DE VIGO

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

O'DONNELL, 27. — MADRID

1954



T. 1677326
C. 71768023

R. 167318

UNIVERSIDADES GLORIOSAS

En el siglo XVIII, tras el reinado de Luis XIV, Francia alcanzaba el rectorado de la cultura occidental. Como cifra y remate de su esplendor, se redactaba la Enciclopedia, esencialmente racionalista, dirigida por Diderot y D'Alembert. Se encarga del capítulo dedicado a España a Masson de Morvilliers, quien tras de examinar la aportación a la cultura europea hecha por Dinamarca, Suecia, Alemania, Italia, Inglaterra, Francia e incluso Rusia y Polonia, formula la pregunta a la cual, naturalmente, responde de forma negativa: "¿Qué se debe a España? Desde hace dos, cuatro, diez siglos, ¿qué ha hecho por Europa?"

No faltaron, es verdad, réplicas inmediatas. El Abate Denina, en la Academia de Ciencias de Berlín, dió la primera. Cavanilles, el botánico, publicó en francés y en París unas "Observaciones sobre el artículo España en la Nueva Enciclopedia" (1784), que constituyen una verdadera apología de la cultura española. La misma Academia Española propuso un premio para el autor de una Apología o Defensa de la Nación, ciñéndose a las ciencias y las artes, premio que quedó desierto. Y fué más tarde Juan Pablo Forner quien, por encargo de Floridablanca, escribió la apasionada "Oración apologética por España y su mérito literario", primer ataque frontal al enciclopedismo francés.

Pese a todo ello, una impresión quedó en Europa, que ha perdurado hasta nuestros días. Harto fuerte era el eco intelectual y francés, y demasiado débil el español, ya en decadencia, de entonces, para que sus respectivas opiniones tuvieran el mismo alcance. No es nuestra intención en este momento la rehabilitación de España en el plano cultural. Difícilmente podríamos hacerlo; pero sí quisiéramos atraer la aten-

ción sobre uno de los índices más esplendentes de la aportación espiritual española a la cultura humana: las Universidades. Esto es así, pues que ellas aparecen, no sólo como los centros de divulgación y de enseñanza, sino como ejes sobre los que gira la total vida científica de un pueblo. Por ello entre las misiones universales que España pudo llevar felizmente a cabo, no pocas de ellas estuvieron como soporte espiritual la profundidad de una doctrina que las cátedras universitarias conformaban y propagaban.

Las Universidades españolas son, por ello, gloriosas. Hazañas como las del descubrimiento, conquista y civilización de un Mundo Nuevo, hechos como el de la contrarreforma y consiguiente salvación del ente espiritual europeo en la lucha contra la disgregación protestante, no hubieran sido posibles sin la eficaz retaguardia de la Universidad. Pero del estudio de las Universidades españolas, y, sobre todo, de las primeras, surgen nuevos títulos que nos explican su condición de gloriosas.

En efecto, se dice que podemos distinguir cuatro periodos en la historia de nuestras Universidades.

El primero va desde el siglo XIII a los Reyes Católicos y viene a ser la incubación y organización de los estudios formal y materialmente considerados. El segundo corre del tiempo de los Reyes Católicos a la muerte de Felipe III (1474-1621), y comprende la creación de los Colegios-Universidades y el esplendor de la Universidad española. El tercero abarca de Felipe III a mediados del siglo XVIII y marca la decadencia de nuestras aulas universitarias. Finalmente, el cuarto alcanza desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, la prenapoleónica de anulación y ruina total de la Universidad;

y la postnapoleónica, que con la centralización de las instituciones docentes pugna en vano por surgir de nuevo orientándose estos últimos años hacia su antigua autonomía.

El siglo XIII es el siglo de esplendor del gótico, período cultural dominado por el signo de la fe; es la sola época en que la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino pudo haber hecho su aparición, y representa sobre todo el origen de las Universidades.

En ese tiempo, sin embargo, España—Castilla—no estaba para disquisiciones teológicas. La lucha contra el moro no dejaba reposo para la pura lucubración espiritual. Se guerreaba, y los reyes castellanos dirigían la Reconquista arrastrando tras ellos los ya débiles entusiasmos de Aragón y Cataluña, empeñados desde entonces en la empresa mediterránea o europea. Hay un hecho relevante que puede explicar, no obstante, el renacer cultural de la España Cristiana: la indudable descomposición política de los musulmanes, de los que los reinos de Taifas son la prueba evidente. Ello abría nuevos horizontes de victoria militar, a los que pareció quererle dar apoyo con la adecuada base cultural, y así surgen ya en los albores del siglo XIII las primeras Universidades, cubiertas desde su cuna con las inmarcesibles glorias de la Reconquista y marcadas con el signo de la defensa de unos principios religiosos que van a ser el estandarte en toda labor cultural de España.

Palencia, Salamanca, Lérida, Valladolid, Sevilla y Miramar de Mallorca fundan sus Universidades en un período de cincuenta años, de 1212 a 1260, en asombrosa emulación. En 1411 surge la de Va-

lencia, por influencia de San Vicente Ferrer; Alfonso V crea la de Barcelona en 1474; Sixto V, la de Zaragoza, y Cisneros culmina la empresa con la de Alcalá de Henares.

De todo este esplendoroso haz, vamos a dedicar especial estudio a las Universidades de Salamanca y Alcalá, como las más representativas de la gloria cultural de España.

Es necesario decir que las Universidades son organismos con vida propia. Con esta característica nacen y así han pervivido hasta nuestros días. Sin embargo, entroncadas en el cuerpo social de la Nación, a la que sirven y que les anima, siguen los avatares históricos que a ésta le toca correr. En los momentos de esplendor político de España durante el siglo XVI las Universidades de Salamanca y de Alcalá están a la cabeza de las europeas. Más tarde, con la decadencia militar y política de nuestra Patria, nuestras Universidades parecen difuminarse en el brillar más fuerte de centros europeos más jóvenes. Se intentó una adaptación a lo que no era nuestro, ni europeo, pues que era peculiarmente francés, inglés o alemán. El abandono de la esencia clásica de la espiritualidad española pondrá en grave trance la pureza de nuestra enseñanza. La crisis favorable de nuestra guerra civil ha puesto de nuevo en cauce antiguo lo que nunca debió salirse de él; pero ese algo que es nuestra cultura viene remozado con el empuje juvenil de una concepción eterna del mundo y de la vida, esencialmente católica. Pero hemos dicho que las Universidades están animadas con vida propia. Sigamos, por ello, la de cada una de ellas.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Asistimos a fines del siglo XII a los momentos finales y decisivos de la rivalidad entre Castilla y León. Cuando la ambición política de Alfonso IX de León plantea de nuevo la vieja cuestión, la encuentra perdida. Se ve convertido en un segundón

y se revuelve una y otra vez contra la hegemonía castellana. Movido por estos impulsos, intensifica la repoblación de la región salmantina, cuyos castillos de la línea del Tormes reconstruye, y otorga mercedes y privilegios al concejo y a la

ciudad de Salamanca, que de este modo se transforma en el nudo de la actividad política y guerrera de Alfonso IX.

Y en esta atmósfera militar y repobladora va a tener lugar la fundación de la Universidad salmantina. Alfonso IX emula a los reyes de Castilla, que habían establecido los estudios de Palencia a base de la escuela catedralicia. Este hecho, que hoy se nos aparece claro, no fué así comprendido durante mucho tiempo, creyéndose firmemente entre multitud de autores que la Universidad de Palencia fué trasladada a Salamanca. Pero esta Universidad fué genuinamente nueva, podríamos decir, y su origen data del año 1218. Alfonso IX acababa de volver de su expedición a Cáceres, según nos dice D. Lucas de Túy.

SU ORIGINALIDAD

Y es curioso hacer resaltar este hecho de comunidad de la empresa guerrera y cultural, así como el que la Universidad naciera en la Salamanca guerrera y fronteriza, democrática, en tanto que compuesta de hombres libres no pertenecientes a la nobleza y dedicados a la ganadería y a las armas en su mayor parte, gente levantisca y acometedora, tanto que si el rey les limita los términos de pastoreo de su ganado, no tienen inconveniente en rebelarse y luchar contra él, como sucediera con Fernando II; y otras veces emprenden extraordinarias y anárquicas algaras sin mando ni capitán, como la realizada a tierras de Badajoz, en la que siendo prisioneros los caballeros salmantinos, contestaron a la pregunta de cuál era su jefe, con aquella respuesta inolvidable: "Todos somos príncipes y caudillos de nuestras cabezas."

Uno se pregunta por lo que Alfonso IX pudo ver en Salamanca, en aquella Salamanca, para designarla sede universitaria. Y la respuesta es algo esencial a la vida del espíritu: un futuro. Futuro que se insinuaba en aquellas "fermosas salidas" que la ciudad tenía al mediodía musulmán, cuya ruina se percibía como algo inminente y prometedor. Y aquí se encuentra la

gran originalidad de la fundación de la Universidad de Salamanca, frente a las otras europeas: su entraña política y nacional, su carácter repoblador y reconquistador, determinados por la iniciativa personal de un rey. Salamanca no supone la cristalización de un largo proceso cultural y eclesiástico como París, ni la ordenación de una antigua tradición jurídica y literaria como Bolonia, ni la adaptación y organización a propio ambiente de una concepción y organización extranjeras como Oxford, sino que Salamanca es la enseñanza espiritual y política enarbolada por un rey cristiano frente a la musulmanía en el ambiente movedido y extraño de una ciudad fronteriza, militar y ganadera. De aquí que el hermetismo medieval salmantino se quiebre con la llegada de maestros y escolares que van a transformar la ciudad cerrada y medieval en ciudad abierta y ecuménica. Se necesita para ello una fuerte protección por parte de los reyes. Como toda institución de la España medieval cristiana, el contacto eclesiástico es indudable, pero Salamanca, su Universidad, va a surgir con independencia del ámbito eclesiástico, característica que la diferencia también de la de Palencia.

Hay en la organización de la Universidad de Salamanca dos momentos de gran trascendencia. Uno es el de la obra de Alfonso X el Sabio y otro el de las Constituciones de Martín V, ya en el siglo XV, y del cual va a partir en luminoso vuelo la Universidad salmantina. Pero vayamos con los antecedentes.

ANTECEDENTES

El 6 de abril de 1243 Fernando III el Santo otorga una carta en Valladolid, fundamental en la historia de la Universidad. Se trata de una restauración en sentido tradicional, confirmando y volviendo a dispensar la protección real de antaño para las personas, los albergues y las cosas de los que vengan a leer a las escuelas que quedan libremente abiertas a maestros y escolares. Ordena a éstos que vivan sossegadamente y en paz con los vecinos, y

recordando seguramente viejas contiendas y previniendo nuevas, nombra un tribunal mixto de conciliación constituido por el obispo, el deán, maestros de la Universidad y representantes del Concejo, incorporando también al mismo al prior de los dominicos y al guardián de los franciscanos, las dos Ordenes que a principios del siglo XIII representaban de un modo más destacado el ideal de renovación anímica, las cuales, como en Salamanca sucedió, establecían sus centros principales al lado

de las grandes Universidades, como en Bolonia, París y Oxford.

Alfonso X, sin embargo, fué el verdadero creador y fundamentador del estudio salmantino. Alfonso ejerce el señorío de Salamanca, por concesión de su padre, desde el año 1247, cuando ya había contraído matrimonio con doña Violante de Aragón. Por eso no es extraño que siendo aún infante confirme los privilegios que su padre y su abuelo habían dado a las Escuelas y que nada más subir al trono los ratifique solemnemente.

ALFONSO X, EL CREADOR

La verdadera primera Constitución de la Universidad salmantina es del 8 de mayo de 1254, en que Alfonso X concede en Toledo una Carta que va a ser decisiva. En esta Carta se emplea por vez primera en Europa la palabra "Universidad" para denominar los estudios de Salamanca.

Establece modificaciones fundamentales, creando dos elementos de enlace entre el municipio y la Universidad: los conservadores. El Tribunal mixto que Fernando III instaurara, queda suprimido, concentrándose la jurisdicción en la persona del obispo, y en sustitución de éste en la del "Maestrescuela", figura que por primera vez vemos aparecer en la historia de nuestra Universidad.

El Rey sostiene económicamente a la Universidad. La dota con dos mil quinientos maravedíes, anuales, que son administrados por los "conservadores", de acuerdo con la organización de las enseñanzas que Alfonso X hace como sigue:

- Un maestro en Leyes.
- Un maestro en Decretos.
- Dos maestros en Decretales.
- Dos maestros en Lógica.
- Dos maestros en Gramática.
- Dos maestros en Física (hoy Medicina).
- Un estacionario (o sea bibliotecario).
- Un maestro en Organo (llamado más tarde de Música).

Un apotecario o mayordomo.

Llama la atención por su originalidad el cargo de Bibliotecario, pues, ello supone el nacimiento de la primera biblioteca civil, en 1254. Alonso X transforma el estacionario o librero medieval (mero alquilador de libros en definitiva) en estacionario o bibliotecario con misión y sueldo oficiales y al exclusivo servicio de la Universidad.

Al lado de la "Universidad de Maestros", constituida, como vemos, por el juez, el Obispo y delegadamente, el Maestrescuela, dos conservadores o defensores administradores, diez profesores, un maestro de música, un bibliotecario y el mayordomo, aparece la Universidad de los escolares. Aquella se caracteriza porque sus miembros poseen el grado o "licentia docendi".

Unidas ambas universidades en comunidad constituían la Universidad del estudio o verdadera Universidad que, en contra de lo que pasó en París y en Bolonia, tuvo en Salamanca, desde los primeros tiempos, una realidad armónica y unificadora.

Para realzar la importancia del Estudio era necesaria la aprobación pontificia.

Así, se dirige Alfonso X a Alejandro IV suplicándole la confirmación apostólica de este estudio general, que el Papa concede por Bula dada en Nápoles en 1255 y que supone la iniciación de la

intervención pontificia en la Universidad. Y más tarde, el mismo año, Alejandro IV otorga la concesión del "ius ubique docendi", dando validez universal a los grados concedidos por la Universidad salmantina en todas las facultades y respecto a cualquier otro estudio general, excepto Bolonia y París, limitación debida seguramente al orgullo del estudio parisiense, que se quejó en 1233 al Papa Gregorio IX cuando concedió a los graduados de la Universidad de Toulouse iguales derechos y rango que a los de París y Bolonia. Otro privilegio salmantino es el sello común a maestros escolares, que explica el emblema del escudo universitario.

Así, con Alfonso X la Universidad de Salamanca queda constituida nacional e internacionalmente, civil y eclesiásticamente.

La Universidad va a luchar, hasta fines de la Edad Media, contra su propia penuria y contra el medio hostil, todavía, a la serie de privilegios, franquicias y prerrogativas que para evitar aquella los Reyes van concediendo.

Siguen, sin embargo, los Reyes protegiendo a la Universidad.

Los impulsos individualistas del Renacimiento, aun en brote, chocan contra dicha protección aprovechando quizá el progresivo debilitamiento de la autoridad real. Y es, precisamente, en 1420 cuando la Escuela dirige una petición de apoyo a Juan II, comunicándole que acaba de levantarse un amplio edificio del que más tarde hablaremos.

Mas las luchas banderizadas; en que la peor parte tocaba a las prerrogativas reales, proseguían y serían aprovechadas por D. Pedro de Luna, Cardenal de Aragón (el más tarde famoso Papa Luna) para intervenir directamente en la vida universitaria y reorganizar el Estudio salmantino con intención más que probable de contraponerlo a la todopoderosa influencia de la Universidad de París, tantas veces obstáculo a la autoridad de los Papas. Así se crean y dotan tres y luego cuatro cátedras de Teología y tiene lugar

la reorganización a fondo de la Escuela primero con las Constituciones de Benedicto XIII y poco después con las definitivas de Martín V, en 1422, en las que triunfa definitivamente el criterio papal frente a la autoridad política claudicante de Juan II.

Hasta aquí el nacimiento y primeros balbuceos, encarrilados por Alfonso X, de la Universidad de Salamanca. Va perfilándose ya su papel en la Historia de España. "Las Constituciones de Martín V" van a darle ahora un empuje extraordinario. Cuando se piensa en los portentosos frutos que la Universidad diera, menos de un siglo después de las citadas constituciones, puede deducirse cuán sabiamente, con cuánto interés y amplitud de miras fueron éstas dictadas.

Veamos ahora los diferentes aspectos que regularon.

Universidad Pontificia.—Las constituciones aparecen como un acto de plena soberanía, en el que olvidando toda intervención real se considera a la Universidad como Pontificia, recordando, por un lado, la subvención eclesiástica de tercios y, por otro, la autoridad suprema del Papa en materias de enseñanza a lo largo de la Edad Media, en virtud de la cual no tiene inconveniente el Pontífice en proclamar en la Constitución 31: que el estudio de Salamanca es "uno de los cuatro generales que existen en el Orbe". Sin embargo, se hallan maravillosamente fundidos en las constituciones la inmensa experiencia cultural de la Iglesia con la ya vieja tradición salmantina de cartas y privilegios de reyes, emanadas a partir de la clarividente concepción de Alfonso X el Sabio.

El Rector.—Hacia fines del siglo XIV, cuando las luchas entre la ciudad y la Universidad alcanzaban un punto culminante, la elección de Rector y consiliarios era un asunto difícil. Así vemos cómo la ciudad se lanza sobre los claustros universitarios en las elecciones de rector y consiliario aun a costa de "feridas o muertes de omes". Las Constituciones de Martín V van a liquidar este asunto definitivamente.

Las seis primeras de aquéllas tratan del Rector y los Consiliarios. Aquél es la cabeza y principal figura del Estudio. Estos son, en número de ocho, los representantes de las diversas regiones españolas, incluso Portugal, como colaboradores del Rector con voto y decisión propios.

En el mes de noviembre, el día de San Martín será elegido el Rector. Su mandato durará un año. Ha de jurar obediencia al Pontífice y a la Iglesia y se comprometerá a hacer cumplir los Estatutos. Por su parte recibirá juramento de obediencia y ayuda por parte de todos los miembros de la Universidad incluido el Maestrescuela.

Los cursos.—Durarán desde el día de San Lucas (en octubre) hasta el día de la Virgen (septiembre). Los catedráticos no podrán permanecer ausentes más de seis meses bajo pena de privación de salario o

incluso de la cátedra. Los catedráticos, sin embargo, que hubieran "leído" sin interrupción durante ocho meses pueden poner, al cabo de ellos, un sustituto hasta la terminación del curso. Los grados, que son de bachiller, licenciado maestro y doctor, son regulados en cuanto a la duración de las enseñanzas. Se van agrupando ya como facultades las de Derecho y Cánones, Artes o Filosofía, Medicina y Teología, correspondientes a los distintos grados. La preparación de las Humanidades era previa a todos esos estudios. Existen y son reglamentadas concretamente las pruebas finales para obtener los títulos correspondientes. Estos serán dispensados por el Maestrescuela en funciones de Canciller, aparte de las muy importantes de "Juez del Estudio" que éste tenía desde muy antiguo, y que se mantienen.

DIAS DE ESPLENDOR

El gran auge adquirido por la Universidad gracias a estas sabias constituciones va a producir esplendurosos frutos en el reinado de los Reyes Católicos, quienes, al advenir al trono, tropezaron, sin embargo, con el predominio Pontificio sobre la Universidad. Sus primeras disposiciones, por ello, no representan nada innovador. La Reina manda que se reconozca la jurisdicción escolástica del Maestrescuela sin obstaculizarla con subterfugios. En 1492, esta política va a cambiar. Aun en el sitio de Granada, otorga la carta conocida con el nombre de "Concordia de Santa Fe", de por sí suficientemente revelador. Es, efectivamente, una concordia o pacto con la autoridad eclesiástica, pero de la que la autoridad real saldrá robustecida. Sus causas: los trastornos que la jurisdicción escolástica ocasiona a muchos de sus súbditos, por lo que la circunscriben por vez primera en el espacio y en las personas a los términos más estrictos. Ello tiene una consecuencia directa: la compenetración

entre la ciudad y el Estudio. Ahora, con una organización interna sana y eficaz la Universidad se encuentra encarrilada para jugar su baza en la historia de nuestra patria. Y esto no había de tardar, teniendo en cuenta la labor internacional de nuestro Rey Fernando I de España, y los acontecimientos que en Europa van a desencadenarse a continuación. Gran parte de la serenidad que aplacó un tanto los trágicos momentos que la espiritualidad de Europa hubo de sufrir en el siglo XVI con la Reforma y sus secuelas, provinieron de Salamanca, de esa Universidad puesta ya definitivamente en marcha y con la vista puesta en tareas universales.

Doña Juana nombró un Visitador Real de la Universidad otorgándole facultades para introducir en ella cuantas reformas juzgara oportunas y convenientes.

Luego, Carlos I vela por la conservación de sus fueros y designa delegados para que, de acuerdo con los Claustrales, formulen sus Estatutos. En 1561, la Univer-

sidad estableció las que, en unión de las constituciones de Martín V, estuvieron vigentes hasta el último tercio del siglo XVIII. Felipe II dispone que los grados de Doctor

se celebren con corridas de toros y reglamenta el vestido escolar, que consistirá en sotana igual para todos los estudiantes, clérigos o seglares.

SIGLOS XVII y XVIII

Con el siglo XVII aparecen los primeros vestigios de una decadencia. La Universidad de Alcalá, por otro lado, agrava la situación de la salmantina, pues la competencia se rompe a favor de aquélla por su proximidad a la corte que favorece la afluencia de estudiantes. Por otro lado, a lo largo de este siglo se desarrollan los grandes pleitos de la Universidad ante todos los Tribunales, Chancillerías, Rota, Supremo Consejo de Castilla, con los Colegios universitarios, con el Cabildo y con el Ayuntamiento, dilapidando en todo ello sumas enormes. A ese debilitamiento interno contribuyen también las rencillas de órdenes religiosas, que llenan la vida universitaria en lugar de grandes problemas. Como casi siempre ocurre en casos semejantes, a la preocupación por cuestiones trascendentales sucede un desmentido interés por aspectos superfluos, formales, de etiqueta y ceremonial social y cortesano.

Felipe III visitó la Universidad en 1600 con su esposa Doña Margarita de Austria y Felipe IV la consultó sobre la fabricación nacional de papel para impresos. Los estudiantes, sin embargo, percatados de la debilidad del poder real provocaron numerosos actos de insubordinación, dando motivo su inquietud constante a que el pueblo perdiese contacto con la Universidad y se pusiera frente a los escolares, que, al no hallar en las autoridades colaboración adecuada para la defensa de su fuero, iban apartándose de aquel estudio y emigrando a otras Universidades.

Durante el gobierno de Felipe V vemos a la Universidad sumida en un letargo intelectual. Por ello, no se reproducen con la violencia que iba haciéndose tradicional las reyertas contra la ciudad. Puede

decirse que se han separado ya sus caminos, y por ello cuando se produce el esporádico resurgir salmantino la ciudad ya no participa, y de ahí su frialdad y el carácter exclusivamente literario y bucólico del movimiento. Es la figura de José Cadalso quien intenta, en una gran parte con éxito, la renovación de los horizontes espirituales de una serie de jóvenes salmantinos, tales como Meléndez, Iglesias de la Casa, Forner, Sánchez Barbero, Quintana, etc.

En el último tercio del siglo las cosas cambian un tanto. La obra divulgadora del P. Feijóo y la franqueza popular y pícara de Torres de Villarroel vuelven a dar conciencia a algunos espíritus de la decadencia intelectual de España y de Salamanca frente a la incompreensión y las protestas del viejo bando, encastillado en su ignorancia, que se opone con total intransigencia a lo que llama "aires infectos del Norte" y llegando a decir que la fundación de la Academia de Matemáticas que propone establecer D. Diego de Torres en la Universidad sería "oficina de nuestro deshonor".

Sin embargo, y en el terreno más exclusivamente universitario, Campomanes redacta en 1761, por orden de Carlos III, un nuevo plan de estudios. Se establecieron después nuevas cátedras de Astronomía, de Matemáticas puras, de Física y Química; se hicieron normales los estudios médicos, ampliáronse los de Lenguas y Oratoria y se establecieron colegios de Filosofía, de Teología y de Jurisprudencia.

A fines del siglo se reflejó en la Universidad el movimiento filosófico francés de la ilustración y el enciclopedismo. De sus claustros salieron más adelante algunos diputados de la Constitución de 1812, que bajo modelo francés había de romper

las esencias de la tradición absolutista de la monarquía española para abrir nuevos cauces en que las nuevas corrientes pu-

dieran encontrar curso. Por entonces fundóse también el Colegio de Medicina y Cirugía.

DIAS CONTEMPORANEOS

En los comienzos del siglo XIX, mientras profesores y alumnos abandonaban las aulas salmantenses para empuñar las armas y defender la patria contra el invasor, no faltó entre los enemigos quien, como el general Thiebault, tratase de favorecer a la ilustre Universidad, consignando en su plan docente la anualidad de un millón de reales con que pagar espléndidamente a sus catedráticos. En abril de 1813 se pidió al claustro salmantino redactase un informe para mejorar los estudios; pero ni la reforma decretada por las Cortes en julio de 1821 ni otra que se hizo tres años más tarde consiguieron despertar días mejores.

La ley Moyano (de 1857) reforma una vez más la Universidad dejándola reducida a los estudios de las licenciaturas de Teología y Derecho. La revolución del 68 suprime los primeros. En la licenciatura de Filosofía y Letras sólo dejó los estudios del Bachillerato.

Reinando Alfonso XII y siendo Cánovas presidente del Consejo, se tomó particular interés en la restauración del edificio de la Universidad. Se conmemoraron al estilo de las antiguas fiestas literarias los centenarios de Calderón de la Barca, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León y Cristóbal Colón. Pruebas éstas de que pese a los malos tiempos por que hubo de pasar la Universidad, su espíritu, como tal eterno, seguía animando un maravilloso esfuerzo de cultura, que continuó produciendo frutos innegables. Hecho el bosquejo, rápido bosquejo histórico, de la Universidad salmantina, vamos a dedicarnos ahora a contemplar diferentes instituciones, "cosas" relacionadas con ella. Quisiéramos dar con ello una especie de visión en reportaje de lo que ha sido nuestra Universidad. ¡Ojalá podamos sacar de estos diferentes bocetos una impresión general de la vida universitaria en Salamanca!

EL EDIFICIO

En el año 1420, el rey D. Alfonso el Sabio, al organizar en Salamanca las enseñanzas de la Universidad, traduce las ideas que dejara expuestas en las Partidas respecto a qué cosa fuese un estudio y en qué lugar debía establecerse. Y respecto a esto, la ley segunda dice que "de buen aire y de fermosas salidas debe ser la villa do quieren establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes et los escolares que los aprenden vivan sanos et en él puedan folgar et recibir placer a la tarde, quando se levantasen cansados del estudio; et otrosí debe seer abundancia de pan, et de vino, et de buenas posadas en que

puedan morar et pasar su tiempo sin grant costa..."

Así, naturalmente, debió ser hecho, aunque el estudio no levantara edificio propio hasta más tarde. La primera noticia que de ello tenemos es del año 1420, en que el Claustro se dirige a Juan II solicitando su ayuda y comunicándole que acaba de levantar un amplio edificio con su claustro en medio, que es el primer edificio universitario. Antes debió de estar establecida en casas corrientes, cercanas las unas de las otras; formarían un pequeño recinto a la manera que lo describe Alfonso X, y como estaban establecidas

otras Universidades célebres, tales como Oxford y París.

Con el glorioso y tremendo empuje del "mil quinientos", la ciudad toda se abre como una flor magnífica de arte, de belleza y de espíritu. Y la Universidad participa de ello y a ello contribuye la magnífica fachada de la Universidad. Dice de ella Pedro Antonio de Alarcón: "Hállase labrada en el más primoroso estilo del Renacimiento y parece una enorme filigrana calada en piedra por los plateros de la calle de la Rúa; parece un trabajo chino de marfil, parece la mística puerta de algún lugar santo.

Pero la Universidad más que un edificio era un barrio de la ciudad. Tiene a la derecha el antiguo Hospital de Santo Tomás, donde la bien establecida caridad universitaria socorria a los estudiantes pobres; las Escuelas menores, de plateresca fachada también, con su elegante claustro y su melancólico jardín. A la izquierda, las viejas casas que la Universidad alquilaba a sus libreros.

En aquella fachada, los perfiles de Fernando e Isabel ocupan un medallón sobre la puerta principal, con el escudo de sus armas y una leyenda en griego que dice: "Los Reyes a la Universidad y la Universidad a los Reyes."

Compenetración, mutua entrega total y feraz, de la que la Universidad ganó una vida gloriosa.

Un catedrático salmantino resaltaba hace poco el hecho deslumbrador de creación espiritual de la Salamanca del siglo XVI. Lo comparaba a las Atenas de Pericles. Y es que aun hoy día el número de joyas salmantinas de la arquitectura renaciente y plateresca es tan grande, que cuando menos dobla a la ciudad que le sigue en mérito. Y esto en un arte esencialmente universitario, no sólo por la historia particular de la mayoría de los monumentos, sino por la excelsitud que alcanza en los puramente universitarios, como en la citada fachada, verdadera dalmática bordada en oro puro y encajada sobre el esqueleto medieval del edificio universitario.

COLEGIOS MAYORES

No es aquí lugar para hacer historia detallada de los Colegios Mayores y de sus diferentes misiones, así como de su peculiar organización.

Es necesario, sin embargo, hablar, siquiera sea brevemente, de aquellos que dieron especial renombre a nuestra Universidad. Organismos con vida propia, también estaban profundamente ligados a la Universidad, a la que servían, aunque buscaran muchas veces el propio esplendor y renombre cultural, apoyados por los privilegios pontificios, que frecuentemente les facultaban para otorgar grado.

Su nombre proviene del siglo XVII, cuando fué necesario usar nombres rimbombantes para apuntalar instituciones que comenzaban a decaer. En la historia, empero, surgen como organismos modestos, al extremo que muchos se fundaron para estudiantes pobres, que allí eran man-

tenidos, en severa disciplina, gracias a los fondos que sus ricos fundadores proveían.

En Salamanca eran cuatro: el de San Bartolomé, el de Cuenca, el de Oviedo y el del Arzobispo.

El Colegio Mayor de San Bartolomé, el más antiguo, fué fundado en 1401 por el Obispo de Salamanca D. Diego de Anaya. No era precisamente un colegio de estudiantes; era hospedería honrosa donde había estudiantes viejos y graduados jóvenes para esperar con decoro una colocación digna, entretanto que las oposiciones a cátedra o prebendas les proporcionaban un medio de subsistencia. Aun así los catedráticos noveles y los prebendados de la Catedral de Salamanca no solían abandonar el Colegio sino transcurrido el tiempo de su beca o cuando sus recursos pecuniarios les halagaban con los conatos de mayor libertad y comodidades, sin la suje-

ción a la vida metódica y estricta de un Colegio. En tal concepto, dice D. Vicente Lafuente, no podemos formar idea de aquellos Colegios sino por los que aún existen por ese estilo en Oxford y Cambridge. De San Bartolomé salió un plantel de hombres ilustres: D. Juan de Sahagún, el célebre Alonso de Madrigal, el "Tostado"; el maestro de Felipe II don Juan Martínez de Siliceo y una serie de gentes preeminentes en la política y la cultura de nuestra patria.

El segundo Colegio Mayor de Salamanca, y a su vez el tercero de los de España, es el llamado de Cuenca. Su fundador, D. Diego Ramírez de Villaescusa, Obispo de Astorga, Málaga y Cuenca y estudiante que fué del de San Bartolomé. Tiene este Colegio más grandiosa capacidad y fábrica que el anterior. Había veintidós becas de voto y dos para capellanes. El traje distintivo era de paño morado y beca del mismo color, con rosca y capota plegada del mismo paño. Adriano VI aprobó en 1523 los Estatutos del Colegio y otorgó facultad de conceder grados mayores y menores en todas las Facultades. El Colegio se terminó en tiempo de Carlos III. En la fachada y el patio solamente gastáronse 170.000 ducados. La invasión francesa arruinó el Colegio. Sólo quedaron las cuatro paredes. Habían estudiado en él el Cardenal Niño de Guevara y D. Martín de Idiáquez, secretario de Estado de los Reyes Felipe II y III, entre otros.

El Colegio de San Salvador de Oviedo fué el tercero de Salamanca y quinto de Castilla. Fué fundado por D. Diego Miguez de Vandaña, más conocido por don Diego de Muros, protegido del Cardenal Mendoza y Obispo, sucesivamente, de Canarias, Mondoñedo y Oviedo. El edificio del Colegio no es tan suntuoso como el de Cuenca. Es, sin embargo, muy elegante, desde el punto de vista arquitectónico, y tenía reconocida fama de estar confortablemente acondicionado. Vivían en él dieciséis colegiales de voto y dos capellanes. Su uniforme consistía en un manto de paño pardo oscuro, que carecía de cue-

llo, a diferencia del de Cuenca; la beca de paño azul celeste, con rosca y faldón o capotilla en la caída del hombro izquierdo.

León X otorgó la bula aprobando los Estatutos, bula que fué expedida por Adriano VI en 1522. Entre sus alumnos figuraron D. Diego de Cobarrubias (Padre del Concilio de Trento), el teólogo D. Bartolomé de Torres, Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima, y don Baltasar Sandoval y Moscoso, que alcanzó la dignidad cardenalicia a los veintiséis años, gracias, principalmente, al apoyo de su tío el Duque de Lerma. Tuvo el Colegio otros tres cardenales más, 19 arzobispos y 67 obispos entre sus alumnos. Dieciséis individuos que habían estudiado en él asistieron al Concilio de Trento. El Colegio corrió la misma suerte que el de Cuenca y que tantos otros monumentos nacionales con ocasión de la invasión de las tropas napoleónicas.

Finalmente, el cuarto Colegio salmantino es el de Santiago Apóstol, fundado en 1521 por D. Alonso de Fonseca y Acevedo, Arzobispo de Santiago y más tarde de Toledo. Había sido también el fundador del Colegio Universidad que en Santiago de Compostela se llama, según él, de Fonseca, origen de aquella Universidad. El Colegio era conocido con el nombre del Arzobispo; había veinticuatro becas, veintidós de las cuales eran de voto y dos para capellanes. El manto de sus colegiales era de paño pardo oscuro, la beca encarnada y ancha, de color grana y cruzada sobre el pecho, y con rosca y faldón pendientes de ésta. Tuvo por Constituciones las que habíanse otorgado al Colegio de Santa Cruz de Valladolid. Entre sus alumnos se contaron el Cardenal Arzobispo de Salerno D. Gabriel de Trejo, D. Fernando Vázquez de Menchaca, el P. Francisco de Rivera y otros muchos.

Al lado de estos Colegios Mayores existían los Menores, de gran importancia también en la vida de la Universidad, y que fueron en número de veintiuno, en cuya relación no vamos a entrar, pero sí citar de pasada algunos de ellos.

Es curioso el sostenimiento del llamado "de Pan y Carbón" (1386), para estudiantes pobres que cursasen Teología. Sus colegiales cobraban una gabela sobre el pan y el carbón que se consumía en Salamanca, y de donde se daba a los sopistas cama, luz, lumbre y un cortadillo de vino para coger el sueño.

Otro era el de las Doncellas (Once mil vírgenes), para recoger doncellas huérfanas menores de edad, procedentes de familias nobles, venidas a menos en su fortuna.

Famoso y de azarosa vida fué el Trilingüe, para estudios de Gramática. También son de citar el de San Pe'ayo o de "Los Verdes" (por el color de su uniforme); el de los Doctrinos para recoger huérfanos de tierna edad; el de San Patricio o de los Irlandeses, establecido en 1592, para sacerdotes, etc. Muchos de estos colegios se incorporaron más tarde a otros o fueron agregados al Seminario Conciliar o a la Universidad, y la mayor parte de sus edificios transformáronse en ruinas en la guerra de la Independencia.

Los colegios universitarios tuvieron que cerrarse en 1794. Volvieron a restablecerse en 1813, y a clausurarse de nuevo en 1821. Después del pronunciamiento de 1840, se reunieron las rentas de todos los Colegios Mayores y Menores, con el fin de fundar el Colegio Científico que duró hasta 1846.

Al mismo tiempo que estos Colegios desarrollaban su vida con mayor o menor independencia, las Ordenes religiosas organizaban los suyos unidos a sus respectivos Monasterios e incorporados a la Universidad. Algunos de ellos son de una notoriedad capital en la historia de la Universidad salmantina. Véase si no, la

lista de ellos: de la Merced, San Esteban, San Andrés, de la Santísima Trinidad, San Bernardo, San Vicente, San Francisco de Paula y San Agustín.

Para terminar esta breve referencia a los Colegios de Salamanca, queremos hacer alusión a uno de ellos entroncado en la Universidad y que presenta particular interés por ser extranjero y por su supervivencia hasta nuestros días. Estamos hablando del Colegio de San Patricio de Nobles Irlandeses, fundado en Valladolid por Tomás White de Clonnel, durante la persecución religiosa en el que aún no era Reino Unido. Su objetivo: educación de nobles irlandeses católicos. Tuvo inmediata ayuda y protección de la parte de Felipe II, tanto éste que conviene apuntar en la cuenta del Católico Rey para desechar en lo posible la aureola de inhumanidad con que los historiadores extranjeros nos lo presentan. En el año 1592, el Colegio fué trasladado a Salamanca, a la casa solariega de los Maldonados, señores de Maderal. Estaba dirigido por los Jesuitas, quienes lo instalaron más tarde en el Colegio Seminario erigido por ellos, destinándoles una parte de él, que aún lleva el nombre de Irlanda.

Durante la guerra de la Independencia, el Colegio de la Compañía de Jesús quedó destruido, por lo que en 1821 se concedió a los irlandeses el ya citado Colegio del Arzobispo Fonseca, que es el que han poseído hasta hace unos meses. Desaparecidas las causas que justificaron su implantación, el gobierno irlandés ha vendido el edificio al Estado español, desconociéndose aún su destino. El uniforme colegial es de paño fino de color castaña, beca azul oscuro y bonete clerical.

MATRICULAS

Parece indiscutible que del estudio de las matrículas, de su número a través del tiempo obtendremos un índice de cultura. Existe, sin embargo, un prejuicio para que tal afirmación sea verdad absoluta.

El hecho de que el fuero universitario fuera a veces muy amplio, favoreciendo a los estudiantes con una serie de privilegios y franquicias, nos hace pensar que no siempre las matrículas se formaliza-

ban con el ánimo de aprovechar debidamente los estudios.

Lo que sí nos parece incuestionable, sin embargo, es que las matrículas fueran índice indudable de popularidad. Y esto, no sólo respecto al número, a la estadística fría, sino respecto a la calidad de los inscritos. Ha de tenerse en cuenta que el afán de buen nombre, de la "honra" que en nuestros siglos XVI y XVII existía en la entraña misma del pueblo español era tal, que la presencia de las grandes familias en un centro universitario daban realce y prestancia a la misma, siquiera a los ojos de la España misma.

Por la Universidad de Salamanca, tal era su importancia, pasaron los miembros de las familias más encumbradas, y no sólo de España, como consta en los "Registros de Matrículas", a cuya cabeza se colocaban "los nobles y generosos". Y así, en ellos aparecen nombres tales como los Córdobas, los Guzmanes, los Portocarreros y los Silvas, de España; los Dorias y los Spínolas, de Italia. Y también desde los Téllez Girón, los Ponces y los Manríquez, de Madrid; los Mendozas y La Cerda, de Guadalajara y de Toledo; los Guzmanes, Quiñones y Lorenzanas, de León; Los Fonseca, Acevedos y Maldonados, de Salamanca; los Afán de Rivera, Enríquez y Vargas, de Sevilla; los Calderones, Barredas y Velardes, de la Montaña, y los Monroyes, de Extremadura, hasta los modestos Perlínes de Alaejos y Cachupines de Laredo, éstos citados por Cervantes, como hace notar doña Blanca de los Ríos. Y allí estudiaron desde el hijo del conde de Monterrey hasta el hijo de "Florez, el pertigueiro de la Catedral".

Esta lista de nombres, calientes del fuego de la Historia de España, es completada por la estadística fría de los números, para terminar de hacernos una idea de la popularidad del centro universitario salmantino.

Los primeros libros Registros de Matrículas aparecen en 1546. En ellos aparecen inscritos 5.059 canonistas, 88 teólogos, 483 filósofos y artistas, tres ara-

bistas, y entre griegos, retóricos y gramáticos, 1.950, entre los que se cuenta Fray Luis de León. Cifras son éstas verdaderamente asombrosas por lo que indican de afán de cultura en nuestra España del siglo XVI.

Aun hubo años mejores. El número de matrículas sigue una línea ascendente que pasa por 6.252 en 1552 y alcanza su máximo en el curso de 1584-85, en que se matriculan 6.778 estudiantes.

A continuación comienza a bajar esta cifra. No es que Salamanca haya perdido popularidad, pues mantendrá aún largo tiempo el cetro de las Universidades hispanas, pero comienza la competencia de otros centros universitarios, competencia que va a concretarse en la Universidad de Alcalá, cuya proximidad a la corte, en el corazón mismo del país, atraerá gran número de estudiantes que se restan a Salamanca.

Desde principios del siglo XVIII, del siglo de la Ilustración y del progreso científico, de la filosofía racionalista y trampolín de preocupaciones sociales inéditas en toda Europa, la Universidad Católica, Teológica, de afanes religiosos, ve reducido el número de sus estudiantes inscritos a unos 2.000. Alarmante fué la cifra del año 1822: 412 matriculados. Los realistas creyeron como mejor política el mantenerla cerrada un año, el de 1823, de lo que se benefició Valladolid. No dió, sin embargo, buen resultado esta medida, pues al año siguiente, al abrirse de nuevo la matrícula, sólo se inscribieron 401 estudiantes.

A partir de aquí, la popularidad de la Universidad salmantina marcha a trompicones, como vulgarmente se dice, no volviendo a recuperar su antiguo esplendor.

Otra cuestión referente a las matrículas es el de los derechos y publicación de las mismas.

Citaremos aquí, relativo a los derechos de matrícula, lo que se pagaba en la que pudiéramos llamar época áurea de la Universidad: cuatro maravedíes para los gramáticos, seis para los que cursaban Facultad y ocho para los que aspiraban a ser bachilleres.

La matrícula, una vez formalizada, se publicaba tres veces al año: el 11 de noviembre, después de Navidad y pasada la Pascua de Resurrección.

Para formalizarla era preciso presentar-

se con sotana y manteo al cancelario y juez del Estudio, quienes le entregaban una papeleta donde se leía: "Va arreglado en el traje", sin lo cual no podían inscribirse.

AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

Al hablar de las constituciones de Martín V, hicimos mención del cargo del Rector, que fué en aquéllas debidamente reglamentado.

Es interesante, creemos, echar una ojeada sobre el origen del cargo y sobre algunas de sus facultades. Lo creemos así porque el cargo ha sobrevivido hasta nuestros días, aunque hoy tenga algún matiz distinto, como se podrá deducir a continuación.

Un historiador especializado de la Universidad salmantina pone su origen en las constituciones de Alfonso X, el Rey Sabio, con la misión de imponer paz entre los escolares y velar por la obediencia a la ley, aunque nada haya en sus cartas reales que al rector se refiera. Pero esto lo justifica por el hecho de que el cargo de Rector recayó en el "cancelario" que tenía a su cargo el cuidado de velar por la observancia de los Estatutos y la Facultad y honor de conferir los grados de "doctor y licenciado".

Ya dijimos que el Rector, era elegido el día de San Martín, y precisamente por la noche. Solamente podía ser elegido entre los estudiantes, con tal de que hubiera cursado un año como mínimo en la Universidad. En 1661, aun se limitó la candidatura a los naturales de los reinos de León y Castilla. Estaban excluidos los religiosos, los catedráticos, los que tuviesen oficio y los colegiales de los Colegios Mayores.

La elección la hacía el Consejo Universitario constituido por diez catedráticos y otros tantos estudiantes, siendo elegidos los catedráticos para sus cargos y los estudiantes, para consiliarios, por sufragio universal entre todos los escolares. El so-

borno estaba terminantemente prohibido. Entre los rectores de Salamanca se encuentran representantes de las más linajudas familias de España: marqueses de Spínola, de Villena, de Pomar, de Santa Cruz, de Villamanrique de Pozas, de Aguilar, etcétera; condes de Uceda, Benavente, Altamira, La Fuente, Lezo, Oñate, Montalvo, Campo Real; duques de Sessa, Terranova, Cardona, Segorbe, Villahermosa, Béjar, Alburquerque, don Gaspar de Guzmán, luego Conde-Duque de Olivares.

El cargo duraba un año, al cabo del cual el Rector cesaba y no podía ser reelegido hasta pasado otro.

Además de la facultad de conferir los grados el Rector ejercía una serie de prerrogativas o funciones disciplinarias, para cuya ejecución disponía de una cárcel universitaria. En los estatutos se señalaban las penas correspondientes a las distintas faltas y a su gravedad; el Rector, empero, podía aumentarlas en casos de reincidencia o agravación.

Los actos del Rector estaban fiscalizados por otra autoridad universitaria: el "Consejo Universitario", sobre cuya composición ya hemos hablado. Los asuntos que éste tratara, bien sea referentes al Rector bien sea referentes al maestreescuela, se habían de solucionar por votación secreta, por el sistema de "habas y altramuces".

Por orden de importancia y dignidad, el "Vicerrector" seguía al Rector, designado por éste para suplirle en las ausencias y en todas sus dignidades y facultades. Por ser un cargo limitado a las ausencias del Rector, procuraba éste repartirlo equitativamente entre los miembros de las corporaciones que podían esperarlo.

El "Diputado de Claustro" era también

muy importante. Lo estableció Martín V, y eran en número de veinte, eligiéndose entre los catedráticos en propiedad. Se reunían en claustro para examinar y resolver los negocios de la Universidad, exigiéndose para los casos de mayor importancia el Claustro Pleno. Su mandato duraba un año. El Rector era presidente nato del Claustro de Diputados.

El "Primicerio" era otra autoridad con misión de enlace entre las distintas Facultades. Había de visitar a los miembros del Claustro que estuviesen encarcelados y tratar de amigar a los enemistados. A los "catedráticos" con toda la organización disciplinaria y administrativa que precede, no les quedaba más Facultad que la puramente didáctica. Eran elegidos por sufragio universal entre los estudiantes. Se adoptaban toda clase de precauciones, a fin de evitar la confabulación o el soborno, hasta tal punto que se prohibía a los candidatos el salir de casa sin licencia del Rector desde el día mismo en que hubiere presentado la candidatura.

Se votaba por Facultades, dando lugar la elección a menudo a pendencias inacabables entre las órdenes religiosas y sus respectivos partidarios, y siendo ocasión para que los estudiantes proclamasen el autonomismo universitario: "Nuestros padres nos enviaron a Salamanca a aprovechar y estudiar; iremos donde más aprovechemos." Lucha penosa por la Cátedra fué, en la Historia de la Universidad salman-

tina, la que mantuvieron Fray Luis de León y el Rector del Colegio de la Merced Fray Francisco Zumel, quienes se disputaban la enseñanza de Filosofía Moral.

Los catedráticos se llamaban de prima o de vísperas, según explicasen por la mañana o por la tarde. Podían jubilarse a los veinte años de ejercicio, gozando de una pensión de retiro los que lo eran en propiedad.

Cuando los titulares se ausentaban eran sustituidos por los "auxiliares", que eran estudiantes y ordinariamente los más antiguos; pero a veces no coincidía la elección estudiantil con el dato de mayor antigüedad, de lo que surgían nuevas disputas entre los escolares y el Rector.

Autoridad, en cierto modo, dentro de la Universidad era el "bedel" o mensajero, cargo estatuido ya en las Partidas. El cargo era vitalicio y estaba elegido y nombrado por el Rector, cuyas órdenes pregona-ba así como las vacaciones y las fiestas. Era de su incumbencia el calificar la asistencia de los catedráticos, siendo su testimonio irrecusable, por lo que se les nombraba entre los hidalgos y habían de tener ejecutoria de nobleza, a fin de no ofender a los catedráticos dándoles tanta preferencia sobre ellos. Llevaba también nota de los nombres y domicilios de todo el personal de Estudio, dirigiendo la limpieza de las escuelas. Ostentaba una vara por insignia de su dignidad.

LA BIBLIOTECA

En un estudio, aun ligero, de la Universidad de Salamanca, hemos de tropezar necesariamente con instituciones, dependientes de la misma, cuya luz propia destaca, sin embargo, en el ya de por sí brillante acervo salmantino.

Una de ellas es, sin duda, su Biblioteca. Y ello no sólo por la cantidad o la calidad de sus libros, sino por su antigüedad y tradición.

Cuando hablábamos de las constitucio-

nes de Alfonso X, primeras que la Universidad de Salamanca hubo, hacíamos mención del cargo de "estacionario" que aquel rey incluye en su organización de la enseñanza, y explicábamos cómo el tipo de mercader o alquilador de libros se transforma en bibliotecario con sueldo y cargo oficial y fijo, al exclusivo e íntegro servicio de la Universidad. Así nació, pues, la primera biblioteca civil moderna en Europa, pues la que la sigue en antigüe-

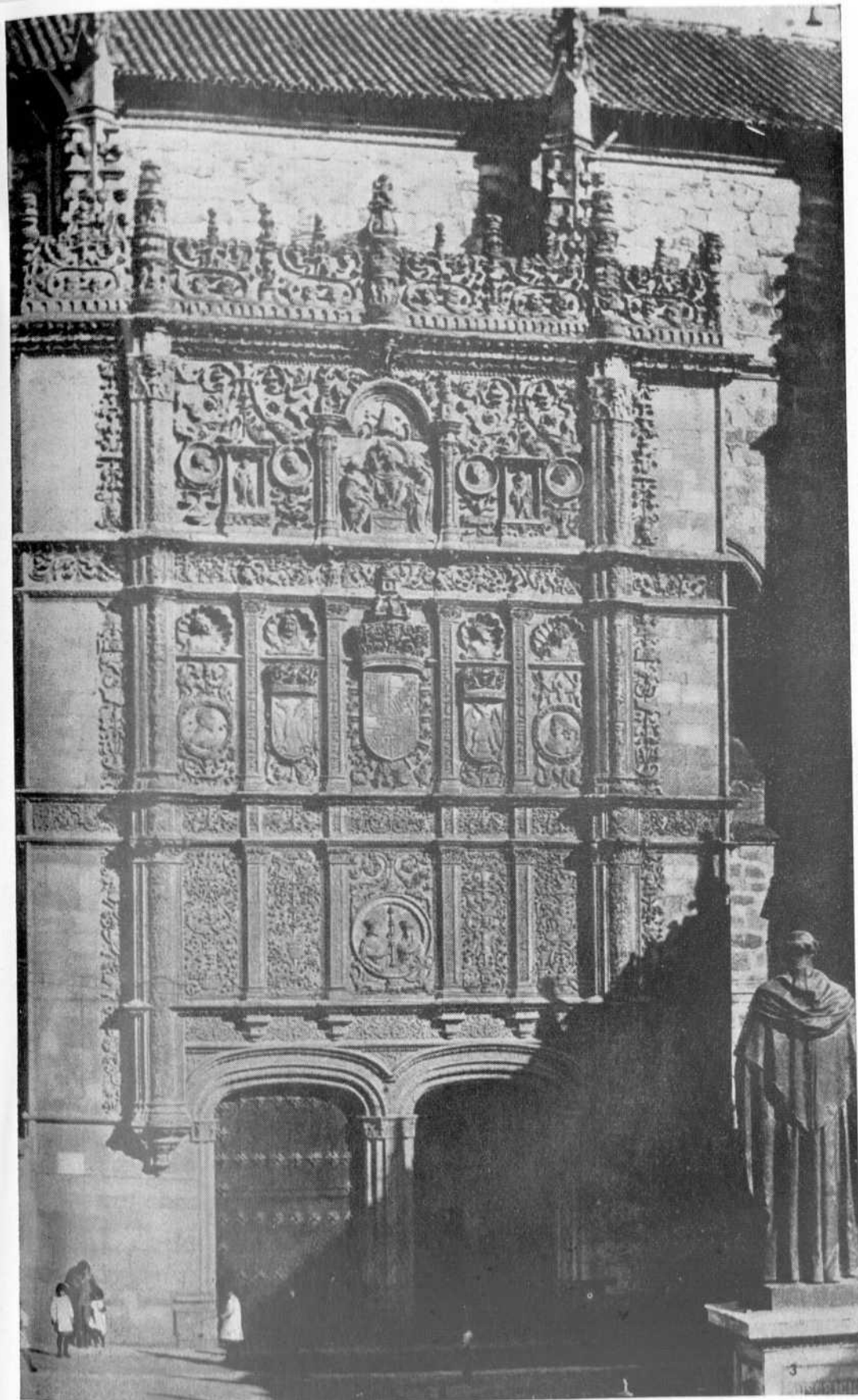


El Cardenal Ximénez de Cisneros.

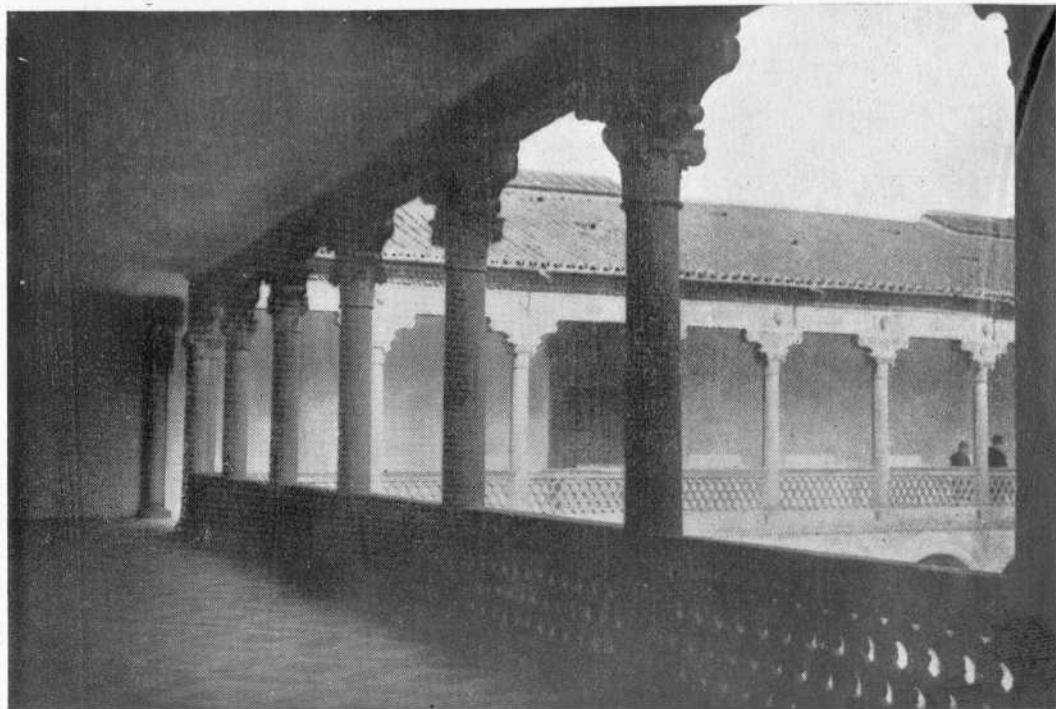
DZA. F. FR̄ACISC⁹ XIMENEZ. DE CI
1495. ROS. CR̄DINALIS. OB. 8. NOV.



Puerta de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca.

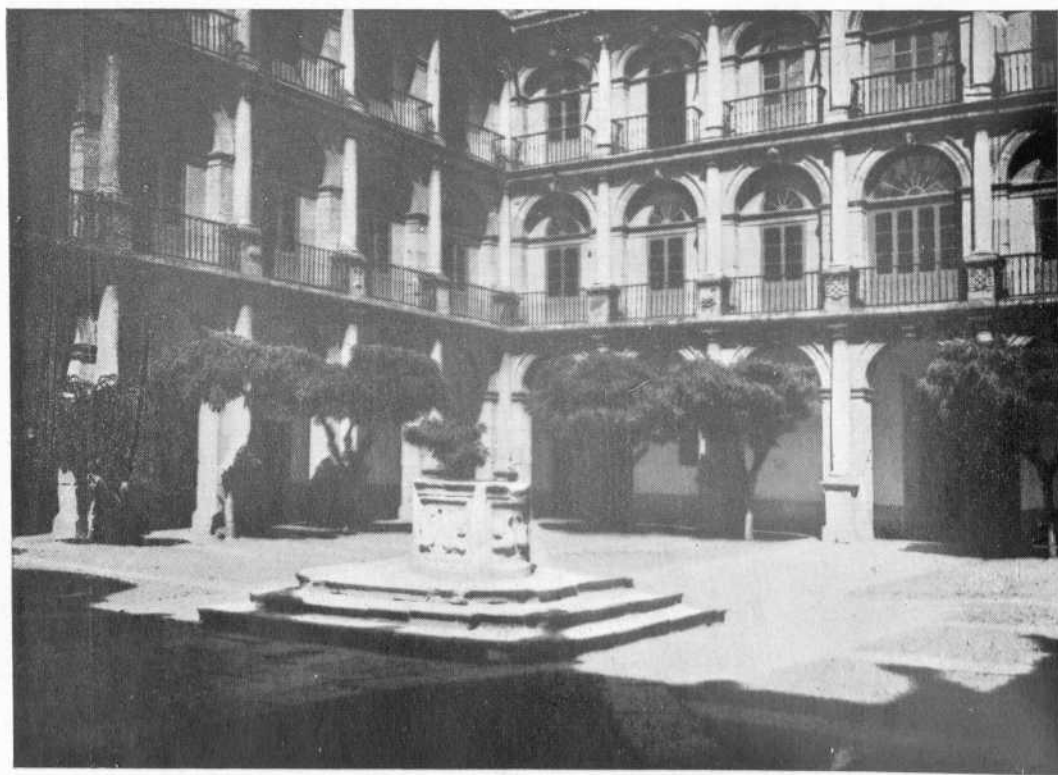


La Universidad de Salamanca. Frente a ella, la estatua de Fray Luis de León.



Claustro del Archivo de la Universidad de Alcalá.

Patio de la Universidad de Alcalá de Henares.



dad es la de la Universidad de Orleáns, que no se establece hasta cerca de un siglo más tarde, en 1341, y siguiendo el modelo salmantino.

En el siguiente documento fundamental para la historia del Estudio de Salamanca, las "Constituciones de Martín V", se presta particular atención a la Biblioteca. Así, se ordena que se destine una fuerte suma para la corrección y compra de nuevos libros y para sueldo del bibliotecario. Muestra característica de los tiempos que corrían, así como de la importancia que a este elemento universitario se daba, es el hecho de que se castigaba con la pena de excomunión al que sustrajese algún libro.

Hacia 1480, llega la imprenta a Salamanca. Créese que fué Nebrija quien decisivamente contribuyó a esta innovación. El hecho es que el nuevo invento arraigó pronto en la universitaria ciudad. A los primeros impresores extranjeros como Leonardo Hutz y Juan Giesser se unieron en seguida los españoles, tales como Lope Sanz y Juan de Porras, publicándose, antes de que finalizase el siglo, 131 incunables conocidos, entre los que abundan las obras del mismo Nebrija.

Y esta pasión por el libro se refleja en la biblioteca universitaria, que aumenta considerablemente sus fondos. A ello contribuye en gran medida Juan de Segovia, gran

teólogo, formado en la Escuela salmantina y representante de ella en el Concilio de Basilea, que legó sus libros a la Universidad.

Se establece en 1465 un servicio de lectura. Se ordena que la Biblioteca debe estar abierta dos horas por la mañana y dos por la tarde. Sin embargo, el edificio (de la Biblioteca) no está aún acabado, por lo que se acuerda que no se compren más libros hasta que se complete "porque son menester los dineros". Debió acabarse varios años más tarde. Lucio Marineo Siculo la llamó "biblioteca hermosísima". En sus tramos de bóveda un gran artista con anhelos de grandiosidad renaciente pintó magníficos frescos que representaban la esfera celeste. Cuando más tarde en tiempos de los Reyes Católicos se construye la lindísima y rica fachada de la Universidad, se tuvo buen cuidado de reservar a la "librería" el puesto de honor y, preferente en ella, el piso principal y delantero.

A mediados del siglo XVII la bóveda, por desgracia, amenazaba ruina, y ésta sobreviene, hundiéndose en 1664, a pesar de los varios informes que se hicieron y que aconsejaban su reparación. La restauración la hizo Manuel Lara Churriguera, y, si bien no es muy original, tiene mucho de grandioso y serio en su conjunto.

LA FACULTAD DE MEDICINA

Teólogos, filósofos y juristas constituyen el más grandioso núcleo de esplendor de la Universidad salmantina. Su brillo es tan grande que a menudo quitan perspectiva impidiendo la visión clara de otras manifestaciones culturales que en Salamanca se dieron y que han contribuido no poco a su gloria presente.

Quizá por ello, hemos querido llevar nuestra atención a una ciencia: la Medicina, que en la Universidad gloriosa se cultivara y con no poco entusiasmo.

Sabida es la incapacidad atribuida al genio español para las ciencias aplicadas.

Quizá sea esta atribución consecuencia del brillo cegador de la empresa espiritual que a España le tocó llevar a cabo en la Historia. Tanto que el nombre de nuestra Patria aparece siempre como anticipo obligado de todo lo que sea mística, teología o filosofía. Hora es, sin embargo, de que se dé al César lo que suyo es, y que se vea la contribución de España a otros órdenes de valores, más terrenos si cabe decir, a otras ciencias.

Hoy día España goza de extraordinaria nombradía en el campo de la medicina. Los nombres de Marañón, Jiménez Díaz,

Castroviejo, Arruga, Barraquer y tantos otros son conocidos en el mundo entero y sus personas consultadas sin cesar. Y esto para nosotros significa la culminación de una tradición que tuvo un gran momento en la áurea centuria de Salamanca. Pero vayamos con el estudio de su Facultad de Medicina.

Se afirma por varios escritores que San Fernando creó, a mediados del siglo XIII, en la Universidad de Palencia, una cátedra de Anatomía. Esos estudios, sin embargo, no debieron de alcanzar gran fuerza, quizá porque, como dice un historiador, los escolares hallaban en Salamanca "más comodidad y aparejo para su vivienda".

Sin detenernos a constatar aquí si, efectivamente, ése es el origen de nuestra Facultad de Medicina, lo que parece incuestionable es que al menos lo es la organización que Alfonso el Sabio diera a estos estudios. En sus Estatutos alude ya al salario (doscientos maravedíes) que había de pagarse a los dos "maestros de Física", encargados de enseñar la ciencia y el arte de curar. Y de este modo siquiera, quedaba constituida la primera y única Facultad de Medicina de Occidente durante mucho tiempo.

Tuvo su momento de esplendor la Facultad en el siglo XVI. Las constituciones de Martín V, tantas veces citadas, dan un gran impulso a estos estudios.

Se nos dice en su Constitución XVI que para obtener el título de bachiller en esta especialidad era necesario poseer el título de Bachiller en Arte y luego "oír" cuatro cursos en la Facultad médica y "leer" públicamente diez lecciones. Esto era la preparación teórica necesaria. A ella debían añadirse cuatro meses como mínimo de ejercicio de la profesión, que venía a equivaler a las actuales prácticas en hospitales, como interno, etc.

Los Maestros en Artes podían obtener el título de Bachiller en Medicina con cursar tres años esta especialidad.

Como para alcanzar el título de licenciado se exigía el de Bachiller en Artes, la

preparación del médico era muy completa, pues en aquélla se exigía: Lógica (dos años), Gramática, Filosofía natural y moral, con lecturas públicas sobre las Lógicas y las Filosofías. Con ello se alcanzaba el fin primordial del humanismo, entendido a lo español. Es decir, no sólo acomodado al lema renacentista italiano: "nihil humanum mihi alienum" (nada de lo humano me es extraño), sino llevándolo al extremo que el gran hispanista alemán Karl Vorsler hace notar que incluso lo extraño al hombre era por el hecho de serlo, objeto de curiosidad para el humanista hispano.

Cuenta a mediados del siglo XVI con más de centenar y medio de escolares médicos, mientras Alcalá, su gran rival de entonces, apenas si suma medio centenar. Las ya repetidas causas que desnivelan la competencia entre ambas universidades, producirá un descenso de matrícula que sirve de indicación de la decadencia del centro salmantino.

A fines del siglo XVI esta decadencia es clara. Algún autor lo atribuye al hecho de que no se explicara más que el "Feu" de Avicena y el de "Rassis ad Almansores" de los médicos cordobeses árabes, la doctrina de Hipócrates, la de Galeno y dos cursos de arte medicinal. Esto prueba que una vez dominado el problema "Reconquista", España sacó partido, para provecho de Occidente, de lo que los árabes dejaron como progreso.

Al mismo tiempo existían los estudios de Cirugía, que no se hacían del todo mal, practicándose disecciones y vivisecciones en animales, carneros y perros. Curiosa es la estampa del traslado de cadáveres al teatro anatómico de San Nicolás. Se hacía en una caja cubierta con las armas de la Universidad y sobre una caballería, acompañado de dos mozos que servían en el teatro y de un criado del catedrático que los guiaba con luces.

Más tarde, en tiempo de Calderón, además de los clásicos Galeno e Hipócrates, se estudiaban libros de autores españoles.

Aparte de estos estudios, las prácticas se hacían en varios hospitales con que por

aquel tiempo contaba la ciudad de Salamanca: el General de Medicina, el de Nuestra Señora La Blanca, el de Antóninos y el hospital del Estudio, amén de otros menores de fundación particular. El renombre que tanto en el siglo XVI como en el siguiente tuvo la Facultad de Medicina salmanticense, se debe tanto a los maestros que en ella ejercieron como a los grandes médicos que de ella salieron. Citaremos algunos nombres como prueba de ello:

Juan de Aguilera, médico en Roma de Pablo III y Julio III.

Francisco López Villalobos, médico de Carlos I.

Gómez Perita, médico de Felipe II.

Gabriel de Fonseca, médico del Papa Inocencio X.

Alfonso de Miranda, médico del rey D. Sebastián, de Portugal.

Francisco Hernández, de fama europea por sus estudios de Ciencias Naturales y médico que fué de Felipe II.

Cristóbal Pérez de Herrera, protomédico de las galeras españolas.

Permítasenos citar también algunos de los catedráticos que ejercieron en sus aulas: el anatómico Francisco Giménez de Cardona, Cristóbal Hayo y Antonio Núñez de Zamora.

También aprendieron en las aulas de Salamanca, siquiera parte de su saber, el cirujano Jaza Chacón y el gran Andrés Laguna.

Hay otro aspecto digno de resaltarse por su gran trascendencia cultural. Nos referimos al hecho de que médicos portugueses, obligados a abandonar su patria por motivos raciales o religiosos, venían a refugiarse a nuestro país, y fué concretamente en Salamanca donde se formaron desde un punto de vista profesional.

Entre ellos, Osorio de Castro y Rodrigo de Castro; "Amato Lusitano". Fernando Cardoso e Isaac Cardoso, además de Enrique Jorge Henríquez, más tarde profesor en Coimbra y médico del Duque de Alba.

Durante el siglo XVIII se puede apreciar una acentuación de la decadencia que en

los estudios médicos se había iniciado en la centuria anterior. Las razones son varias: el anacrónico escolasticismo que seguía inspirando las enseñanzas impartidas por la Facultad de Salamanca; la mayor fama de los centros médicos levantinos, más abiertos a las nuevas corrientes ideológicas, y la creación de las Academias de Medicina y los Colegios de Cirugía de Cádiz, Barcelona y Madrid, centros médicos extrauniversitarios que contaban con la decidida protección real y el constante apoyo de los mejores médicos del siglo. Las estadísticas hablan claro en este sentido: en 1785, Salamanca y Alcalá cuentan tan sólo cuarenta y tres y veinticinco escolares, respectivamente, matriculados en sus Facultades de Medicina. Frente a estas exiguas cifras, Valencia y Zaragoza suman, cada una, más de doscientos escolares médicos, y Cervera cerca del medio centenar.

Luego, durante la primera mitad del siglo XIX, y tras la invasión napoleónica que tanto perjudicó a la Universidad en su conjunto, la vida universitaria se ve anclada y sigue los espasmos, absolutistas y liberales, por que atravesaba nuestro país. En 1822, Salamanca se ve privada de su Facultad de Medicina. La recupera al año siguiente, pero su existencia alcanza el más bajo nivel científico, pues carecía de maestros y de escolares.

La Ley Moyano suprimió totalmente el centro médico más antiguo de España. Pero esta desaparición duró sólo once años, hasta 1868, en que la Diputación Provincial se hizo cargo de él para restaurarlo bajo su exclusiva protección económica.

Aun en estos dos siglos, la Facultad médica salmantina dió nombres que engrandecieron la fama de su Universidad y la gloria de España. Cuéntanse entre ellos Francisco Suárez de Ribera y Mateo Santos Mailló, disector de gran renombre. Fueron profesores en el siglo XIX: Manuel Hermenegildo Avila, José Lorenzo Pérez, Ignacio Montes y Cristóbal Dámaso García.

FIGURAS CELEBRES

No nos hemos cansado de repetir hasta qué punto el gran desarrollo de la Universidad salmantina se halla ligado a los mejores días de la Historia española. Por ello, traer aquí un recuerdo, siquiera breve y siempre incompleto, de las figuras que han dado relieve y grandeza a la Universidad, parece superfluo y resulta casi una redundancia. Bastaría con repasar los acontecimientos de importancia en que España intervino en los siglos XVI y XVII y tendríamos muchísimas probabilidades de tropezarnos casi sin interrupción con personalidades de formación salmantina. Queremos, sin embargo, dar siquiera unos cuantos nombres, pues, a fin de cuentas, van a servir para justificar el título de gloriosa que damos a la Universidad. Pertenecen esto a lo que llamaríamos el exterior de la Universidad, que va a complementar el breve estudio interno que hasta aquí vinimos haciendo.

A fines del XV, Salamanca empieza a dar sus primeros grandes frutos. Se prepara por entonces el Siglo de Oro de nuestra literatura, y por Salamanca pasan: Antonio Martínez de Jarava, más conocido por Antonio de Nebrija, impulsor más tarde en Alcalá de la "Biblia Poliglota", y su colaborador en ella, el Pinciano, Fernando Núñez; Juan Ginés de Sepúlveda, astrónomo y también historiador, que ha sido llamado el Tito Livio español; Bartolomé Ramos, García de Meneses y otros muchos.

Y en pleno siglo XVI, el del esplendor salmantino, la Universidad se ve en condiciones de proveer de profesores a otros centros tan importantes como Coimbra y Alcalá. Son los días de Fray Luis de León, de Fray Francisco de Vitoria, restaurador de la Teología dogmática y creador del Derecho Internacional; de Pedro Ponce de León, inventor del arte de hacer hablar a los mudos; de Antonio de Agustín, que

restablece el estudio de la jurisprudencia; de Pedro Ciruelo, trasladado a París para ser allí el primer profesor de Matemáticas; del ciego Francisco de Salinas, músico sin igual e inspirador de la dulcísima oda de Fray Luis.

Levantán en ella su voz San Francisco Ferrer y San Juan de Sahagún. y entre sus profesores se cuentan las personalidades eminentes de Melchor Cano, Domingo de Soto, Covarrubias, representantes españoles en Trento; Alfonso el Tostado. Pasaron por sus claustros Diego de Anaya; los historiadores D. Diego Hurtado de Mendoza, Bartolomé de las Casas, Zurita, Nicolás Antonio, Ambrosio de Morales y González Dávila; humanistas tales como Lucio Maríneo, Silíceo y Mallara; los predicadores Santo Tomás de Villanueva y Fray Hortensio Félix Paravicino; el famoso conquistador Hernán Cortés y la fabulosa personalidad del Conde Duque de Olivares; los legistas Luis Molina, Juan Solórzano y Ramos del Manzano; los sabios escritores Arias Montano, Chuacero y Saavedra Fajardo, y los insignes novelistas, poetas y dramaturgos Juan del Encina, Góngora, Linares de Riazza, Bartolomé Leonardo de Argensola, San Juan de la Cruz, Cervantes, Ruiz de Alarcón y Calderón de la Barca.

También durante el siglo XVIII salieron nombres esclarecidos entre los que se encuentran Meléndez Valdés, Cienfuegos, Iglesias, Quintana y D. Juan Nicasio Gallejo.

Y no queremos cerrar esta incompleta lista sin referirnos a la figura de D. Miguel de Unamuno, rector por méritos y por amor de la Universidad de Salamanca y acicate, dolido acicate, del espíritu español que se perdía en uno de los momentos más desgraciados del vivir de España.

VII CENTENARIO

Ha celebrado la Universidad, no hace mucho, su VII centenario. Momento siempre emocionante es éste de poder celebrar un fenómeno tal de pervivencia. Pero cuando esta pervivencia viene cargada con el peso de una tradición ejemplar, la emoción se transforma en una esplendorosa aureola de gloria.

A resaltar ésta han concurrido, como asimismo a las fiestas del centenario, las Universidades americanas, hijas dilectas de la Madre española. Y esos claustros uni-

versitarios que presenciaron la preparación científica unísona del descubrimiento a través de las conversaciones de Colón y Fray Diego de Deza, esas aulas en que se formaron los que luego enseñarían la católica cultura de España en Lima y Méjico. La Universidad, en fin, se habrá estremecido con el tremendo placer de la Madre que ve a sus hijos pidiendo con voces de madurez un puesto en la vida. Vida que es en este caso Historia.

UNIVERSIDAD DE ALCALA

La Universidad de Alcalá de Henares se nos presenta con un carácter distinto a la de Salamanca. No es que haya ganado gloria por haber discurrido sus estudios sobre temas distintos. No. La cultura española se presenta con caracteres uniformes. Es cierto que de acuerdo con la misma geografía, con la distinta personalidad de sus figuras, nuestra aportación cultural presenta matices llenos de individualidad y de interés. Pero si repasamos un poco el fondo de ellos encontramos el denominador común de una fe religiosa que preside y hasta se embebe en los afanes históricos de un pueblo cuya

vitalidad en determinada zona de la Historia ha sido unánimemente admitida, aunque no siempre bien apreciada.

La Universidad de Alcalá, por ello, presenta notas comunes con la salmantina. Si pudiéramos observar desde fuera el panorama general de nuestra cultura con la debida perspectiva, veríamos que ambos centros son como dos focos, luminosísimos ambos, irradiando la misma clase de luz: luz teológica, filosófica, literaria.

Investigando más, sin embargo, observaríamos, pese a su paralelismo, las características internas que las individualizan. Veamos.

REFERENCIA HISTORICA

Distinto es el carácter de la ciudad en que la Universidad se establece.

"Complutum" fué para los romanos ciudad cuartel de catorce legiones de Trajano, el emperador de origen hispano. En ella sufrieron martirio glorioso los santos

Justo y Pástor, que hicieron entrar a nuestra ciudad por la puerta grande de nuestra historia. Los visigodos siguieron llamándola así.

Al conquistarla los árabes la llamaron Guad Alkala y Alkala Nahar ("Castillo

junto al río”), de donde pasó a ser cuando fué reconquistada por los reyes castellanos Alcalá de Henares.

Alcalá, empero, empieza a ganar trascendencia con el Renacimiento.

Es ya el siglo XV. La Universidad de Salamanca, nacida y formada en medio de los embates de la lucha contra el moro, es el árbol frondoso nacido en el erial. Alcalá, su Universidad, es el más bello fruto de un huerto que se regaba ya con los afanes humanísticos de unos reyes que al fin podían dar fuerza a las letras hasta entonces escondidas tras las espadas.

No se crea, sin embargo, que Alcalá naciera sólo como broche de una labor ya terminada.

Su fundador, Fray Francisco Ximénez de Cisneros, la creó en la necesidad y con la mira de facilitar la formación eclesiástica de los pobres, principalmente de su diócesis. Era absurdo y heroico que las familias castellanas faltas de recursos se atrevieran a mandar a sus hijos a correr riesgos de vivir en poblaciones lejanas. Cisneros, por otro lado, acababa de realizar la reforma religiosa en nuestra península. Había saneado la moral de los conventos, bastante decaída; había puesto fin a innumerables abusos en la provisión de vacantes y beneficios, dando el altísimo ejemplo de su humildad franciscana, aun en el sitial de Toledo, la diócesis más rica de la Cristiandad, después de Roma... Hacía falta, pues, que la doctrina estuviera a la misma altura de las reformadas prácticas. Hacía falta que a moral tan saneada se acomodara una preparación intelectual de alto nivel. De ahí sus dos grandes afanes y sus dos grandes realizaciones: la Universidad y la “Biblia Poliglota”; de ahí también que ambas tuvieran su ser en su ciudad bien amada, en su refugio espiritual, en Alcalá. Además, ésta reunía aquellas condiciones que requería Alfonso X en las Partidas, y de que ya hemos hablado: “De buen aire et de fermosas salidas debe ser...”

Es lógico, pues, que en pleno trance de unificación del ser nacional, la Universidad complutense no sufra los altiba-

jos de su gran rival. Nace gigante, y así seguirá hasta su traslado—gigante también—a Madrid, corte y cabeza de la España toda.

El 13 de abril de 1499, un Papa español, Alejandro VI, otorgó la bula de fundación. No concede, en principio, el derecho de otorgar grados, derecho que, no obstante, no tardó en conseguirse. Abriéronse sus aulas el curso de 1509-10, probablemente.

En dicho curso se establecieron cinco Facultades, cuatro de las cuales iban encaminadas directamente a la formación eclesiástica de los alumnos, como era natural. Son ellas la Facultad de Artes y Filosofía, la de Teología, la de Derecho Canónico y la de Letras. Esta última con la originalidad de nacer con la categoría de Facultad de que en otras universidades carecía, por referirse solamente a estudios elementales de latín. La Facultad de Medicina inauguróse a continuación, aunque no pudo conceder grados hasta 1514. Por no perjudicar a las Universidades de Valladolid y Salamanca, Cisneros omitió el Derecho civil y contentóse, al menos al principio, con el estudio elemental del Derecho canónico.

ORGANIZACION Y COLEGIOS

¿De qué se componía la Universidad? Es decir, aparte de las Facultades mencionadas, ¿dónde estaban instalados los estudiantes? ¿Dónde se celebraban las clases? El cuerpo de la Universidad estaba formado por el Colegio Mayor de San Ildefonso, que lo era todo en la Universidad, y del cual hablaremos más tarde.

Luego, completando el tronco del Colegio-Universidad, se abren las ramas: los Colegios Menores para los colegiales pobres. Es curioso observar cómo aquel siglo imperialista de verdad, sin presunción pero con eficacia, atendía más que nosotros a facilitar el acceso a las aulas superiores a los ciudadanos sin recursos, o económicamente débiles, como decimos ahora. Queremos copiar un párrafo de las Cons-

tituciones de dichos Colegios, de 1513, que van a mostrarnos el gran espíritu de una época y directamente del gran Primado español:

"Habiendo fundado... y dotado nuestro Colegio de San Ildefonso...; ahora que muchos sacerdotes y escolares afluyen a él por amor y deseo de la ciencia; y a causa de la pobreza y penuria de lo necesario desisten del estudio, y lo que es decoroso, abandonan el comenzado trámite de la virtud; queriendo socorrer a su laudable propósito, determinamos erigir otros 18 Colegios para escolares pobres, para que en ellos se consagren a las disciplinas liberales, a la Sagrada Teología, a la Medicina y al ejercicio de la lengua latina y griega". "Y 12 de estos Colegios sean en honor de los doce apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo, y en ellos moren 144 escolares, 12 personas en cada Colegio y otros seis Colegios en que deban residir 72 pobres gramáticos y griegos, los cuales estén consagrados al honor de los 72 discípulos de Nuestro Señor."

"Mas como las casas y habitaciones que hemos mandado edificar son tan amplias que puede habitar en ellas mayor número de doce colegiales pobres, por eso decretamos que todos los predichos colegiales habiten en siete habitaciones o Colegios de los que se han construido para el ejercicio de cualquier Facultad. Y sea el primero de estos siete Colegios, el de teólogos bajo la invocación de la Madre de Dios..."

El segundo se puso bajo la invocación de San Pedro y San Pablo. Los otros bajo la de Santa Catalina, Santa Balbina, San Eugenio, San Isidoro y el séptimo para estudiantes enfermos pobres con el nombre de San Lucas.

Cisneros, en previsión gigante, dispuso que en caso de que sobrare de los recursos del Mayor de San Ildefonso, se fueran fundando otros menores. No sólo no fué así, desgraciadamente, sino que ni siquiera se llegaron a sostener los Colegios todos que instituyó.

Fundóse también más tarde un Cole-

gio de irlandeses a la manera del de Salamanca, aunque sin su importancia. Fué fundación de una piadosa señora en 1650. Se asignaba la generosa suma de 3.000 ducados para veinte colegiales, el Rector y los fámulos. En caso de que los alumnos irlandeses no llegaran a completar dicho número, se podrían instalar en él jóvenes católicos de Holanda y Flandes.

Completaban la Universidad el Colegio de monjas de San Juan de la Penitencia, y los tres centros de veraneo, establecidos con el cariño especial de Cisneros por su Universidad, y que eran la Abadía de San Túy (cerca de Buitrago), la de la Aldehuela (junto a Torrelaguna) y el castillo de San Torcaz. En el siglo XVII, los Rectores, con tremenda fatuidad, se hacían llamar Abades de San Túy, sustituyendo luego el título de Abad por el más modesto de Prior, y finalmente por el de Señor.

Una vez instituidos los Colegios, la Universidad lanzóse a su vuelo inmortal. No vamos a seguir paso a paso las incidencias de su esplendor y decadencia históricos. Si lo hicimos con Salamanca fué con la intención de hacer resaltar la lucha que para la evolución de la vida universitaria española toda hubo que realizar. Mas Alcalá nació ya cuando de la lucha empezaban a brotar óptimos frutos. Por ello podemos acomodar su historia, vista en conjunto, a la cronología que un autor ha trazado para la Universidad española en general.

La Universidad complutense sigue en gran parte este camino. El que brillara casi más que ninguna fundación, no fué fortuito, pues que nació para ello y en sazón, desde el punto de vista de la época. Luego decayó. Institución humana, al fin. Trasladada, sin embargo, a Madrid, aún dió días de gloria a la cultura española.

Vamos a estudiar ahora, cómo en la Universidad de Salamanca, distintos aspectos de ella, que intentarán completar la idea de lo que nuestra Universidad fué en su más grande época.

EL EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD

Alcalá fué fundada en tiempos de Trajano, más o menos, ya lo hemos dicho. Alcalá empieza a brillar en la historia de España mucho más tarde. Sí, tan tarde como el siglo XV. De repente es otra. Surge, de improviso, en un afán constructivo sin igual. Hoy día Alcalá puede ser un museo arquitectónico más, en la amplia geografía que de ellos hay en nuestra península. Pero los otros, las otras ciudades históricas, se han ido levantando poco a poco, se las puede ver crecer a través de los años o a través de los siglos. Pero... éste no es el caso de Alcalá. Alcalá no era nada, un pueblecito cuya única importancia quizá radicaba en estar situada en el centro de una nación, aún atónita ante la conciencia de su nuevo ser, que ya presentía. Y, perdónesenos el símil, como una ciudad de esas que llamamos prefabricadas, aparece con un esplendor de asombro. Sin más que por obra y gracia de los afanes de un Prímado español. Así se alza el palacio arzobispal (del arzobispo de Toledo, señor de Alcalá); luego la magistral de Santiuste, trazada como bellísima reducción de la Catedral de Toledo, por deseo expreso de Cisneros; luego la iglesia de Santa María, donde fué bautizado D. Miguel de Cervantes, y por encima de todos ellos, y como dirigiendo el conjunto, la Universidad-Colegio de San Ildefonso.

Al principio, sin embargo, fué un gran caserón, sin fausto ni esplendor. Tanta era la prisa que Cisneros tenía por verlo puesto en marcha. Ello fué obra de don Pedro Gumiel, complutense, que le dió fin en 1508.

El edificio definitivo, que aún podemos admirar hoy día, fué obra de Rodrigo Gil Ontañón, y su fecha, 1543. Dice de él un autor: "No pudo el arquitecto expresar de modo más solemne la suprema jerarquía de una institución esplendorosa. El material, de piedra blanca y do-

rada de Tamajón, que aun hoy aparece como retostada por la gloria de aquel saber; el estilo, de correctísima labor plateresca, que ofrece la más bella obra del renacimiento español; la graciosa galería que ciñe por diadema la balaustrada de afiladas agujas góticas; el gigantesco escudo imperial que rodeado de otros atributos del imperio estructura debajo de sí, como lo estaban en la constitución estatal de entonces; la puerta de la Universidad, que era el paso al saber, y las armas cardenalicias de Cisneros—cifra de la jerarquía española—y sólo sufre sobre su toisón y sus armas bicípites coronadas, en medio del frontón del ático al Redentor bendiciendo el mundo: todo ello, en su sobriedad y en su elegancia, y en su concierto, es algo jamás igualado..."

Poco más podríamos añadir. Decir únicamente que en su interior se componía de un claustro principal con su correspondiente patio en la parte baja, como se decía en la época, y que daba entrada, por un lado, a otro claustro más pequeño que comunicaba con la iglesia de San Ildefonso, y por otro se ponía en comunicación con el Colegio de San Pedro y San Pablo. Luego había un tercer patio que constituía el Colegio trilingüe o sección de letras.

En este patio se hallaba el "teatro", como se decía entonces, y que hoy llamamos paraninfo, y donde tenían lugar los más importantes actos escolares, las oposiciones a cátedras y las votaciones de grados. Por este mismo patio se hallaba la puerta aborrecida, que daba salida a la calle de Roma: era la deshonorosa puerta de los carros, por donde huían abochornados los fracasados en la reválida doctoral.

La iglesia de San Ildeonso, obra de Gumiel, fué incorporada por Cisneros a la Universidad, y se halla al Oeste de la fachada. Era panteón de hombres ilustres

del Colegio. En ella yacen el humanista Nebrija; el médico Vallés, el Divino; el catedrático de Artes y Teología, Juan de Medina, y el Cardenal Ximénez de Cisneros.

El sepulcro de Cisneros es una pura maravilla. Lo incluimos en este vistazo del edificio de la Universidad, porque sólo él justificaría un viaje a Alcalá. Fué encargado a Domenico Fancelli, quien tra-

zó el proyecto, pero habiéndole impedido la muerte su completa realización, fué labrado por Bartolomé Ordóñez en Carrara, junto con otros artistas italianos. Le rodea una verja plateresca, obra de los Vergara, padre e hijo, que se adapta maravillosamente a ese primor de belleza y novedad que es el sepulcro, todos y cada uno de cuyos detalles son una prueba bellísima del más puro estilo español.

LA BIBLIOTECA

Un capítulo de las Constituciones ciserianas se dedica enteramente a regular todo lo relativo a "la librería del Colegio".

Es lógico que el fundador no olvidara instrumento tan importante de cultura, como lo prueba el hecho de que ya se hubiera extendido por todas las Universidades europeas.

La biblioteca de Alcalá tenía fama, sobre todo, por el valor de los volúmenes que guardaba. Casi más que por su número, no despreciable tampoco.

El número de sus obras fué muy importante, decimos.

El año de 1523, es decir, trece años después de haberse abierto la Universidad, había 853 obras diferentes. Esto fué debido, principalmente, a la aportación personal de Cisneros. Siguió, empero, aumentando su número, que llegó a 1.347, en la segunda decena del siglo XVII. Naturalmente, la mayor parte de ellas pertenecían a los estudios que en Alcalá se hacían con preferencia: Teología, Cánones y Derecho, Filosofía, Medicina y Lenguas Sabias.

En el capítulo de las Constituciones ya citado se regula minuciosamente lo referente a la librería.

Disposición curiosa era aquélla que ordenaba que los libros se guardasen "atados con su cadena"; encadenados, sí, "para que no puedan fácilmente sacarse". Parece que ésta era una costumbre medieval. Lo cierto es que el hecho de

atar los volúmenes con cadenas de hierro inspiró a Jonathan Swift el ingenioso autor de los "Viajes de Gulliver", una bonita leyenda que atribuía el origen de tal realidad al humor peleador de Escoto y de Aristóteles, belicosamente aliados contra Platón, para echar a éste del sitio de honor entre los doctores de la "divinity"; y esta gresca que perturbaba la paz de las bibliotecas, tuvo por consecuencia hacer encadenar para siempre en sus puestos todos los volúmenes de los polemistas.

Ordena también Cisneros que la biblioteca permanezca abierta cuatro horas al día. Los bedeles cuidarán de que así sea, pero los colegiales y capellanes tenían cada uno llave propia. ¡Quizá esto nos explicará lo de las cadenas! A lo que ciertamente dió esto lugar fué al nombramiento de "un mozo que se diga portero de la librería", que cuidaría de la biblioteca, suprimiéndose el sistema de llave individual.

Pese a todo ello—cadenas, bedeles y portero de la librería—, los libros desaparecían con frecuencia que debió parecer excesiva a los Rectores de la complutense, al extremo de que llegaron a Roma tales nuevas. Ello dió lugar a que León X montara en cólera y usara frases duras contra los usurpadores; tras de llamarlos hijos de iniquidad, ordena devolver, junto con los otros bienes, los libros y demás escritos desaparecidos y revelar los que los ocultaban y retenían.

No se nos tache de irónicos si opinamos que era la afición al estudio la que movía estas actividades. Al fin y al cabo no se albergaban allí sino lo que hoy llamamos "rollos", y que entonces era alimento espiritual imprescindible del estudiante español. Allí convivían Aristóte-

les, Averroes Lulio, Boecio y otros grandes filósofos medievales para utilidad de los colegiales complutenses. Y prueba es de que de ellos se aprovechaban es la disposición de Cisneros de que se barra el local y se saque el polvo a los libros al menos una vez al mes.

AUTORIDADES ACADÉMICAS

En lo que llamaremos organización administrativa, la Universidad se diferenciaba también de Salamanca.

Existía, efectivamente, un Rector, que era el del Colegio de San Ildefonso. Si en Salamanca su autoridad estaba oscurecida por la importancia del Maestrescuela y del Claustro, en Alcalá no padecía obstáculo alguno. Vigilaba la enseñanza y la vida de los estudiantes en todos los Colegios y tenía competencia para juzgar en los delitos cometidos por los matriculados. En el nombramiento del Rector, Cisneros se separó también de la tradición que se seguía en Salamanca y otras Universidades, donde se nombraba generalmente a algún estudiante de alto linaje.

Al Rector asistían tres Vicerrectores, que actuaban como Consejo especial para asistirle en sus deliberaciones. Eran escogidos cada año entre el cuerpo de profesores. Sus funciones consistían en la resolución de los asuntos de menor importancia que afectaban a la Universidad y no necesitaban la atención de otros profesores. En los de gran importancia era preciso reunir a todos los profesores y someter las causas a su deliberación.

Cisneros, a imitación de la Universidad de París, nombró un Canciller que tenía por misión conferir los grados académicos y tomaba parte en los exámenes y en las controversias. De París vino el primer Canciller Pedro de Lerma, nombrado Abad del Monasterio de San Justo en Alcalá, cargo que Cisneros unió al de Canciller de la Universidad.

El Colegio-Universidad se componía de treinta y tres profesores, que recordaba la edad de Nuestro Señor, y doce capellanes, en memoria de los doce apóstoles, aunque estos últimos no tenían parte directa en la instrucción.

Todos los dichos profesores eran teólogos y gran parte de ellos ejercían cátedra. Los más importantes tenían a su cargo la administración de la Universidad. El uniforme oficial de estos últimos, que les diferenciaba del resto de los profesores, era de color rojo en fino tejido y llevaban unas mucetas que colgaban sobre el hombro izquierdo y llegaban al tobillo. Los demás miembros del Colegio llevaban trajes grises, con vueltas y escarapelas también de color gris. Los demás eran simples titulares de sus asignaturas y explicaban en el Colegio.

El sistema de elección era semejante al de la Universidad de Salamanca. Su trabajo era duro, puesto que debían dar dos lecciones antes de mediodía y una por la tarde.

Dos veces al día habían de someterse "al poste". Esta era una modalidad muy curiosa que existía también en Salamanca. Los profesores, a la puerta de la Universidad, tenían que responder a las "pegas" que les pusieran los alumnos sobre sus explicaciones. Sistema muy democrático éste, que demuestra el íntimo contacto en que profesores y alumnos se encontraban y el interés de éstos por aprovechar. "El poste" y una de las lecciones matutinas se suprimían por el calor, del 29 de junio hasta la Asunción (15 de

agosto). Ha de tenerse en cuenta que el curso duraba desde octubre (San Lucas) hasta septiembre.

Los profesores debían dar sus enseñanzas en latín, a fin de estimular su conocimiento, por interés especial de Cisneros.

VIDA ESTUDIANTEL

Cisneros, que con tanto amor se dedicara a la creación de su Universidad, no abandonó la reglamentación de la vida universitaria, y muy particularmente, la de los estudiantes internos. A los que iban a ser sacerdotes les hacía vivir conforme a sus votos, mostrándose más indulgente con los externos. Dícese que un día resumió su política en este asunto con esta frase: "Con tal que consiga que los clérigos obren rectamente estoy dispuesto a dejar que sea Dios quien cuide de los demás."

La vida dentro de la Universidad era austera y sencilla. Los que vivían en el Colegio Mayor comían juntos en mesas sin manteles y cada día recibían carne, pan en abundancia y dos litros de vino.

El vino debían de ganárselo a pulso, pues si no estudiaban se quedaban a media ración. Les estaba prohibido jugar a los dados y a las cartas y tocar el laúd o la guitarra, pues éste era un motivo para "hacer novillos".

Podían tocar, sin embargo, suavemente el clavicordio, con tal de que no molestasen a los demás. Al caer la noche debía reinar el mayor silencio y un vigilante, —¿algo así como nuestro sereno?— cerraba la puerta principal con nueve pesados barrotes, prohibiéndose absolutamente la salida.

A los estudiantes de los Colegios Menores se les llamaba "chofistas", porque suponían que los colegiales mayores les mantenían con los chofes de las reses y desperdicios de su opulento Colegio.

Fuera de la Universidad, los estudiantes, como tales, armaban de las suyas, y se creaban enemigos entre la población complutense por sus frecuentes alborotos. En vida de Cisneros logró éste que aquéllos no tuvieran mayor trascendencia e incluso supo defender a los universitarios

ante el rey D. Fernando cuando en alguna ocasión se desmandaron.

Muerto Cisneros, los tumultos se producían con excesiva frecuencia. Los principales motivos fueron las Comunidades, la ojeriza contra el Arzobispo de Toledo y Señor de Alcalá y el mal entendimiento entre estudiantes y vecinos.

Un historiador de nuestras Universidades cuenta un grave incidente que se produjo en 1518, tres años solamente después de la muerte de Cisneros. Por lo visto, un joven de Alcalá, de nombre Arenillas, ponía los puntos a un linda muchacha, uno de cuyos parientes era fámulo en el Colegio Mayor. Este se atrevió un día a reconvenir al galanteador. Entonces, sin más, sacó el último la espada y sujetó al fámulo. Se vio éste en apuros y sacando voz de donde pudo gritó: "¡Favor al Colegio!", que era el grito estudiantil. Como por arte de magia salieron estudiantes. Parecía que brotaban de las piedras. Y entonces fué cuando el tal Arenillas se vió precisado a demandar auxilio: "¡Favor a la Villa, a mí los vecinos!..." Se entabló una contienda feroz. Un fraile de la Merced, que participaba en la refriega a favor de los estudiantes, sacó el pañuelo y manejándolo a modo de honda pegó tan tremenda pedrada a un armero llamado Ramírez que lo dejó muerto en el acto. A todas éstas, el Consejero real Vargas, que por allí pasaba, se metió a caballo en el tumulto para apaciguar los ánimos y los cuerpos. Pero hubo de refugiarse en la iglesia de Santa María para evitar la lluvia de piedras que sobre él caían. De allí sacaron el Santísimo, con lo que se detuvo la disputa, momento que aprovechó el Rector y el dicho Consejero para retirar a estudiantes y vecinos del

campo de batalla. Estos no quedaron satisfechos con los resultados y amenazaron con quemar la Universidad. Fué entonces cuando se pensó por vez primera en trasladar la Universidad, dudándose entre Sigüenza (desechada por el frío), Guadalajara (donde se temían las injerencias del todopoderoso duque del Infantado) y Madrid. Pero como a los industriales se les estropeaba el negocio con la desaparición de la Universidad, se llegó finalmente a un acuerdo.

Por lo demás, se estudiaba con interés puesto que los exámenes eran duros. Cisneros mismo tomaba gran interés en el aprovechamiento y presenciaba a veces los exámenes. Al final del curso universitario y durante catorce días se celebraban

discusiones públicas en presencia del Canciller, y al terminar la ceremonia se conferían los grados de bachiller, licenciado y maestros de artes a los candidatos. Lo que verdaderamente era asombroso, desde nuestro punto de vista actual, era la absoluta compenetración (algo superior al espíritu de cuerpo) que en una ciudad casi exclusivamente levantada para ellos existía entre los estudiantes complutenses. Y este espíritu de comunidad sólo se resquebrajaba a veces cuando surgía alguna cuestión que afectaba al ser nacional, como sucediera en la guerra de los Comuneros, en que llegaron a formarse dos bandos, peligrosamente opuestos en el Colegio Mayor, y cuyas pendencias duraron hasta la derrota de aquéllos en Villalar.

LA BIBLIA POLIGLOTA

Entre las grandes empresas que Cisneros llevara a cabo, la "Biblia Poliglota" es una de las más gloriosas.

Para completar la reforma religiosa de nuestra Patria, el Primado buscó la formación intelectual adecuada. Dos grandes obras salieron de este interés de Cisneros: la Universidad de Alcalá y, como hija suya, la "Biblia Poliglota", llamada también "Complutense". La Universidad de Alcalá fué la realización de los ideales humanísticos del agonizante siglo XV. Dió frutos sazonados. En ella estudiaron San Ignacio de Loyola y luego, en largo desfile, los creadores del teatro nacional: Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca; en ella cursaron estudios los filósofos Arias Montano, Juan de Avila y el gran Suárez; allí aprendieron Mateo Alemán y Quevedo.

Pero la "Biblia Poliglota" es el gran triunfo de la Universidad. Sólo en un ambiente como el universitario que reinaba en Alcalá pudo tener origen tanta realización.

Cisneros personalmente escogió los nueve sabios encargados de llevarla a cabo.

Entre éstos, Antonio de Nebrija, citado como profesor de Salamanca y encargado de dirigirla, siempre bajo la superior tutela del Cardenal; Demetrio Ducas, de Creta, traído como profesor de griego; López de Zúñiga, controversista de Erasmo; Núñez de Guzmán, el Pinciano. Además, tres sabios conversos: Alfonso, médico de Alcalá; Pedro Coronel y Alfonso de Zamora. Se contrataron los mejores impresores de Francia y Alemania y se les dió carta blanca para establecerse en Alcalá.

La obra se inició en 1502, tardándose quince años en darla fin. Se imprimieron solamente seiscientos ejemplares de ella, que constaba de seis volúmenes.

Está redactada, por columnas, en cuatro lenguas: caldea, hebrea, griega y latina. La acumulación de textos para su redacción fué muy costosa y se hizo con una escrupulosidad admirable. ¡Pero bien compensó a Cisneros su realización!

Cuando Juan Brocarius, hijo del impresor, fué a comunicarle el fin de la impresión, el Cardenal, alzando sus ojos al

cielo, exclamó: "Os doy gracias, Dios todopoderoso, porque habéis dado el ansiado fin al trabajo que emprendí."

Lo emprendió ciertamente Císneros,

pero aquella "obra milagrosa", como la llamó Alvar Gómez, fué sólo posible en el estudioso ambiente de la gloriosa Universidad de Alcalá.

COLOFON

Creemos que bien pueden deducirse innumerables timbres de gloria para nuestras Universidades.

Ocupan con todo honor el puesto de preeminencia de nuestra cultura. Los frutos de ella no pueden negarse. España, país pobre en muchos aspectos materiales, fué protagonista y director de la His-

toria de la civilización gracias al tremendo esfuerzo de su ente espiritual. En él, Salamanca y Alcalá han representado un papel decisivo. Su contribución común al servicio sin tasa de la causa de España parece difuminarse a veces por las notas que caracterizan a cada una.

INDICE

Páginas

Universidades gloriosas	3
Universidad de Salamanca	4
Alfonso X, el creador	6
Días de esplendor	8
Siglos xvii y xviii	9
Días contemporáneos	10
El edificio	10
Colegios Mayores	11
Matrículas	13
Autoridades universitarias	15
La biblioteca	16
La Facultad de Medicina	17
Figuras célebres	20
VII Centenario	21
Universidad de Alcalá	21
Referencia histórica	21
El edificio de la Universidad	24
La Biblioteca	25
Autoridades académicas	26
Vida estudiantil	27
La Biblia poliglota	28
Colofón	29

TITULOS PUBLICADOS

- N.º 1.—Vista, suerte y al toro.
 N.º 2.—Fiestas y ferias de España.
 N.º 3.—Artesanía.
 N.º 4.—Los territorios españoles del Golfo de Guinea.
 N.º 5.—El cruento "Balears".
 N.º 6.—Falla, Granados y Albéniz.
 N.º 7.—Conquista por el terror.
 N.º 8.—España en los Altares.
 N.º 9.—La gesta del Alto de los Leones.
 N.º 10.—Ex combatientes.
 N.º 11.—La batalla de Teruel.
 N.º 12.—Vida y obra de Menéndez y Pelayo.
 N.º 13.—Residencias de Verano.
 N.º 14.—Españoles esclavos en Rusia.
 N.º 15.—La batalla del Ebro.
 N.º 16.—Clima, suelo y agricultura.
 N.º 17.—Eliminados.
 N.º 18.—La batalla de Brunete.
 N.º 19.—La industrialización de España.
 N.º 20.—La casa tradicional en España.
 N.º 21.—El general Yagüe.
 N.º 22.—Museos.
 N.º 23.—Oviedo, ciudad laureada.
 N.º 24.—Frente del Sur.
 N.º 25.—División Azul.
 N.º 26.—Donoso Cortés.
 N.º 27.—Regeneración del preso.
 N.º 28.—La "semana trágica" de Barcelona.
 N.º 29.—Calvo Sotelo.
 N.º 30.—Bordados y encajes.
 N.º 31.—Seis poetas contemporáneos.
 N.º 32.—El general Mola.
 N.º 33.—Mapa gastronómico.
 N.º 34.—Orellana, descubridor del Amazonas.
 N.º 35.—"Yo, el vino".
 N.º 36.—El teatro.
 N.º 37.—Victor Pradera.
 N.º 38.—El Alcázar.
 N.º 39.—Onésimo Redondo.
 N.º 40.—Ciudades de lona.
 N.º 41.—Nuestro paisaje.
 N.º 42.—Fray Junipero Serra.
 N.º 43.—Pedro de Valdivia.
 N.º 44.—Andalucía.
 N.º 45.—Marruecos.
 N.º 46.—Agricultura y Comercio.
 N.º 47.—Escritores asesinados por los rojos.
 N.º 48.—Balears.
 N.º 49.—El comunismo en España.
 N.º 50.—Luchas internas en la Zona Roja.
 N.º 51.—Navarra.
 N.º 52.—Cataluña.
 N.º 53.—La Marina Mercante.
 N.º 54.—Las "checas".
 N.º 55.—El mar y la pesca.
 N.º 56.—Rosales.
 N.º 57.—Hernán Cortés.
 N.º 58.—Españoles en Argelia.
 N.º 59.—Galicia y Asturias.
 N.º 60.—Leyes fundamentales del Reino. (Segunda edición).
 N.º 61.—Medicina del Trabajo.
 N.º 62.—El cante andaluz.
 N.º 63.—Las Reales Academias.
 N.º 64.—Jaca.
 N.º 65.—José Antonio.
 N.º 66.—La Navidad en España.
 N.º 67.—Canarias.
 N.º 68.—El bulo de los caramelos envenenados.
 N.º 69.—Rutas y caminos.
 N.º 70.—Un año turbio.
 N.º 71.—Historia de la segunda República.
 N.º 72.—Fortuny.
 N.º 73.—El Santuario de Santa Maria de la Cabeza.
 N.º 74.—Mujeres en España.
 N.º 75.—Valladolid (la ciudad más romántica de España).
 N.º 76.—La Guinea española.
 N.º 77.—El general Varela.
 N.º 78.—Lucha contra el paro.
 N.º 79.—Soria.
 N.º 80.—El aceite.
 N.º 81.—Eduardo de Hinojosa.
 N.º 82.—El Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
 N.º 83.—El Marqués de Comillas.
 N.º 84.—Pizarro.
 N.º 85.—Héroes españoles en Rusia.
 N.º 86.—Jiménez de Quesada.
 N.º 87.—Extremadura.
 N.º 88.—De la República al comunismo (I y II cuadernos).
 N.º 89.—De Castilblanco a Casas Viejas.
 N.º 90.—Raimundo Lulio.
 N.º 91.—El género lírico.
 N.º 92.—La Legión Española.
 N.º 93.—El caballo andaluz.
 N.º 94.—El Sahara español.
 N.º 95.—Lucha antituberculosa en España.
 N.º 96.—El Ejército Español.
 N.º 97.—El Museo del Ejército.
 N.º 98.—1898: Cuba y Filipinas.
 N.º 99.—Gremios artesanos.
 N.º 100.—La milicia universitaria.
 N.º 101.—Universidades gloriosas.

APARECERAN PROXIMAMENTE

Proyección cultural de España.
 Valencia.
 Cuatro deportes.
 Formación profesional.
 El Seguro de Enfermedad.